



1856. — TOMO VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 160.

Administración [general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

El rey y la reina de Suecia; grabado. — La prision de Valenzuela. — Revista de París. — Regreso de los tiradores argentinos á la Argelia; grabados. — Entrada en París del ejército de la Crimea; grabados. — Discurso leído por el Sr. D. A. de los Ríos y Bosas en la sesión de la Academia de jurisprudencia y legislación de Madrid. — Memorias del verano. — Angélica. — Exposición Universal de la Industria. — El montero. — Posesión del conde Woronzof; grabados. — La casa de Marco Lucrecio en Pompeya; grabados. — Valeriano. — Revista de la moda. — La flota francesa pasando el Bósforo; grabado.

Una muchedumbre inmensa se habia reunido en las calles y los balcones, los tejados y los tablados que se elevaron con ese motivo, estaban llenos de espectadores que acogieron á sus majestades con hurras mil veces repetidos; el camino se hallaba cubierto de flores que caian de todas las ventanas. — La consagracion y coronacion para el reino de Noruega se efectuaron en Drontheim á fines del mismo año de 1844.

La prision de Valenzuela.

(RASGO HISTÓRICO.)

(Artículo segundo.)

PROFANACION Y ANATEMA.

Aceptó el marqués de Villasierra el coloquio propuesto, y habiendo señalado el prior para esta entrevista el oratorio del rey, apartado espacioso y secreto contiguo al presbiterio del templo, se hicieron salir del convento todos los soldados, guardas y centinelas que en él habian ido penetrando, y se cerraron las puertas despues de reunidos los interlocutores para que no sucediese algo de lo que se podia temer. Entraron en el oratorio, por una puerta el duque de Medina-Sidonia y Don Antonio de Toledo, y por otra Don Fernando de Valenzuela y el prior, y por disposicion de este fueron tambien admitidos en la pieza grande de la entrada todos los monjes del convento y del colegio. Saludáronse los abogados, y el de Medina-Sidonia rompiendo el silencio sin pérdida de tiempo dirigió al marqués entremezcladas súplicas é intimaciones para que se entregase voluntariamente y evitase las funestas consecuencias que su resistencia podia ocasionar. Don Fernando le escuchó sereno, y cuando hubo concluido, con aquel valor que suele infundir el mismo peligro, y con voz entera, pronunció un cortés razonamiento en esta forma: « Señores: no hablo con el Sr. Duque de Medina-Sidonia porque no he tenido la suerte de besar á S. E. la mano; me dirijo solo al Sr. D. Antonio de Toledo, y ha de permitirme le pregunte qué causa ó motivo ha tenido para venir á prenderme, pues es cierto que siendo el primogénito del Sr. Duque de Alba es muy calificada su sangre para abatirse al papel infimo de alguacil. Quisiera juntamente preguntar á S. E. en virtud de qué instrumento ó decreto de S. M. ó de qué orden del presidente de Castilla se propone ejecutar esta prision, porque lo primero es ver esto, y luego decir V. E. por qué motivos. Porque si se trata

EL REY Y LA REINA DE SUECIA.

Oscar I (José-Francisco) nacido el 4 de julio de 1799, sucedió á su padre Carlos XIV (Juan Bernadotte) en el reinado de Suecia y de Noruega, el 8 de marzo de 1844. El dia 22 de mayo de 1823 se casó por poderes en Munich, con Josefina Maximiliana Eugenia, nacida el 14 de marzo de 1807, hija del difunto príncipe Eugenio de Beauharnais, duque de Leuchtenberg, y luego lo hizo en persona en Estokolmo el 19 de junio de 1823. Aun se recuerdan en la capital de Suecia las grandes fiestas que tuvieron lugar en setiembre de 1844, cuando fueron coronados el rey y la reina. Jamás se vieron en Estokolmo tantos esplendores; las calles por donde debia pasar el solemne cortejo estaban cubiertas de paño azul; la capital se hallaba inundada de extranjeros y se alquilaban los balcones á mas de veinte pesos cada uno, bien que el aspecto de la muchedumbre debiese presentar menos animacion porque el rey habia mandado aquella vez que no se arrojase dinero al pueblo, costumbre que siempre se habia observado en todas las solemnidades de esa especie. Sus majestades fueron saludadas á su llegada á la iglesia con vivas aclamaciones. Despues del servicio divino se celebró la solemnidad de la consagracion y esta ceremonia noble é imponente se concluyó en medio de un recogimiento universal. Despues el príncipe real y sus hermanos los duques de Upland y de Ostrogotia prestaron juramento de fidelidad al rey. Sus majestades volvieron á pié al palacio.



El rey y la reina de Suecia.

El rey y la reina de Suecia.

del bien universal, no es V. E. adecuado instrumento, y si acaso es por estar agraviado de mí en alguna cosa, aun vivo para darle la satisfacción que gustare. En mi poder se hallan decretos de S. M., que Dios guarde, para mi seguridad, y mientras V. E. no me muestre otros que los anulen, me hallo en la posesión de mi libertad. Quizás á V. E. le parece que por verme acosado por tantos hombres y caballos, y en V. E. los deseos implacables de perderme, aunque me aseguran mis honrados procederes, puedo temer á la violencia y al poder; pero mi ánimo es esperar cuantos riesgos y amagos de muerte me sobrevengan. También he de suplicar á V. E. se digne permitirme la reconven-ga con lo que he hecho por servirle, que no lo ha de negar. Recuerde V. E. que un día me citó á las Descalzas reales y me dijo (dirélo con las palabras mismas que usó V. E.): Señor marqués de Villasierra, yo he deseado besar á V. E. la mano para ofrecerte muy de corazón á ser suyo, y no he tenido la suerte de lograr la ocasión que ahora tengo. Deseo servirle con la fineza de verdadero amigo; y pues nos hemos de tratar de esta manera, entro á manifestar á V. E. que por la corte ha corrido la voz de que S. M. me honraba con el toison, y esto dándole todos por hecho. Mas veo que no tiene hechura, y lo colijo de la tardanza. V. E. me ha de hacer el gusto de que lo consiga y quedará obligado á V. E. con mi cariño, mi amistad y mi persona. Yo entonces respondí á V. E. que quedaba con el cuidado de hablar á S. M., y cumpliendo mi palabra supliqué al rey hiciese esta merced á V. E.; S. M. me lo concedió, mandé extender el decreto y se le remití á V. E. con toda brevedad. Buscóme V. E. para agradecerme, y así en esta ocasión como en otras corroboró V. E. la firmeza de nuestra amistad. También recordará V. E. cómo á su padre, por lo muy alcanzado que se hallaba, se le dieron veinticuatro mil ducados de plata á instancia mía. Tampoco ignorará cómo otro día me citó á Santa Catalina de los Donados para mandarme V. E. y decirme que su padre me suplicaba pusiese los medios para conseguir entrar en el consejo de Estado, y que de parte suya me ofrecía (díjolo como V. E. me dijo), ser los dos mis esclavos. Ofréceseme asimismo decir á V. E. que por tantas finezas de mí obrar no he debido á V. E. ni á su padre el valor de un par de guantes. De donde deduzco que lo que me ha granjeado el odio de vuestras excelencias ha sido mi desinteresado cariño. Yo, señor, no me admirara de que por haberles servido hubieran tenido algún descuido en agradecerme; pero á lo que no puedo hallar salida es á la legítima consecuencia de que me hacen daño por haberles hecho bien. Si este es digno timbre de tan ilustre sangre, V. E. lo puede considerar poniendo la mano sobre su corazón.»

Estas y otras muchas razones dijo D. Fernando ante el grave auditorio que le escuchaba. D. Antonio de Toledo, cuya negra ingratitud y proceder villano acababan de patentizarse con tanto comedimiento y energía, abochornado y corrido no acertó á desplegar los labios para vindicarse, y conmovido el de Medina-Sidonia por la justa reconvencción de Valenzuela, no pudo ménos de exclamar: «Confieso que si conmigo se hubiera hecho eso, nunca faltara del lado de V. E.» Pero esto solo sirvió para exasperar mas el carácter duro y violento de D. Antonio de Toledo, y la conferencia concluyó sin resultados.

Después de este y el duque de Medina-Sidonia se separaron de D. Fernando Valenzuela, fuéles acompañando el P. Herrera hasta dejarlos dentro de la *Compañía* donde estaban alojados, y dando la vuelta al cenobio y reconociendo el riesgo grande en que estaba su huésped si no se procuraba ponerle en parte oculta, determinó esconderle sobre el dormitorio del rey, en un mechinal á espaldas de la iglesia, parte tan secreta y reservada que parece casi imposible dar con ella. Allí le hizo proveer abundantemente de todo lo necesario, encargándole mucha quietud y paciencia, y todo, excepto la libertad, lo tenía allí el escondido ministro: cama, ropas, víveres, vinos, escabeches, conservas, frutas, pastas, cuanto podía apetecer no solo para la vida sino hasta para la comodidad y placer, con el fin de que para nada tuviese que salir ni pudiesen los centinelas notar que se le llevaba la comida.

La exasperación de Toledo llegaba á su colmo viendo que se le frustraban los medios suaves y las intimidaciones puestas en juego para lograr sus fines. El prior ocultaba á Valenzuela y no podía arrancárselo; el convento estaba bloqueado, había en todas partes centinelas, la comunidad sin embargo lo sufría todo con paciencia, y no toleraba que la inmunidad eclesiástica y la hospitalidad debida al affligido fuesen quebrantadas. Bramaba de cólera el caballero, que á su deseo de complacer al bastardo unía el despecho por la dureza con que Valenzuela le había tratado en presencia de tantos y tan respetables testigos. A cada momento cometía un nuevo atropello; cada palabra que dirigía al prior era un insulto. Estrechó el bloqueo, aumentó los centinelas, redobló la vigilancia; pero pronto conoció que aquel inhumano é impío asedio no podía surtir efecto sino después de mucho tiempo, y tanto él como el de Medina-Sidonia deseaban dar pronta satisfacción al anhelo de D. Juan de Austria. Apelaron pues abiertamente á la fuerza, único medio que les quedaba que intentar. Los atrios, los claustros, los aposentos de los monjes, el palacio de los reyes, el templo mismo fueron allanados por los soldados á mano armada. Aquellas magníficas bóvedas en que habían resonado día y noche los cánticos sagrados del Dios de paz, repitieron en sus ecos las blasfemias de los soldados. Los altares del holocausto incruento de la ley de gracia sirvieron de mesas para

la gula y la crápula de los favorecedores de D. Juan; el templo mas augusto de la cristiandad se cubrió de abominación y escándalo. En aquel desorden, en aquel atropello de lo divino y de lo humano, nada respetaron los improvisados émulos de los enemigos de la fé católica: arrancaron de muchos altares las cajas de las reliquias de tantos mártires y confesores como la piedad del augusto fundador había acumulado en el suntuoso templo; cometieron bárbaros destrozos y latrocinios, llevándose las cruces y los candeleros de plata, y no se estremecieron de entrar con sus alpargatas y monteras puestas y con las carabinas en los puntos, en el santo tabernáculo de aquel Dios en cuya presencia tiemblan los querubines. El furor, la sed de venganza había cegado á jefes y soldados.

Era forzoso que cesase el sufrimiento: bajó el prior á la iglesia y con la energía propia de su carácter aumentada por el celo de la casa del Señor que le estaba encomendada, echó en cara á D. Antonio de Toledo su inmoralidad y lo impropio que era de un caballero de su sangre y cristiano el profanar de aquel modo la casa del Señor como si fuera un turco ó un luterano. Concluyó suplicándole que mandase luego desembarazar y respetar el templo, amenazándole con las armas de la Iglesia si no lo hacia. Mas el de Alba no estaba en estado de oír: ebrio de cólera despreció las amonestaciones del prior, el cual tuvo que retirarse entre la rehilfa y las amenazas de la soldadesca. A pesar de este indigno proceder, todavía quiso el generoso P. Márcos apurar los medios suaves: reunió aquella tan numerosa como imponente comunidad, y con la pompa, solemnidad y grandeza que en San Lorenzo el Real se acostumbraba, mandó exponer el Santísimo, y que continuase manifiesto todo el día. Sabía que los que profanaban el templo eran cristianos y españoles, y jamás pudo creer que no los contuviera la presencia real de su Dios, de aquel Dios que toca los montes y humean. Pero, ¿de qué no es capaz el hombre cuando ha llegado á romper el freno de la razón! ¡Los cánticos solemnes de los monjes eran interrumpidos á cada paso por los sarcasmos, insultos y blasfemias de los soldados; la Majestad divina no contuvo su desenfreno; la abominación había asaltado el trono mismo del Excelso! Entonces el prior resolvió valerse de la jurisdicción y potestad eclesiástica sin reparar en lo calificado de las personas á quienes se oponía y los riesgos á que se arrojaba, y acompañado de los doce monjes mas ancianos consumió el Santísimo Sacramento y haciendo uso de la autoridad casi episcopal pronunció solemnemente contra el duque de Medina-Sidonia, D. Antonio de Toledo y sus cómplices todos, el último anatema de la Iglesia, declarándolos descomulgados é incurso en las censuras de sí quis suadente diabolo y demás impuestas por los Sagrados cánones, poniéndoles juntamente cesación á *divinis*: lo cual se hizo con las terribles ceremonias que la Iglesia tiene ordenadas para casos semejantes.

Desde aquel momento todo lo sagrado abandonó el templo con horror. El fuego santo ya no ardia en los candelabros ni en las magníficas lámparas de plata; los monjes, los órganos y las campanas enmudecieron; los soldados lo recorrían todo como tigres hambrientos rompiendo los cajones y puertas, bramando de despecho; y los religiosos esperaban impasibles aunque profundamente conturbados el desenlace de aquel atentado sin ejemplo. Terribles y azarosos fueron aquellos días; sin embargo, consolábanse los buenos monjes con la esperanza de que salvarían á su huésped del furor de sus perseguidores. Cuatro días y cuatro noches le estuvieron buscando inútilmente; muchas veces habían pasado por junto al sitio donde estaba escondido sin sospecharlo siquiera. Desconfiaban ya de dar con él, y no hubieran seguramente logrado su intento si un acceso de miedo, pasión de ánimo tan furiosa en los trances apurados, no hubiera obligado á D. Fernando á descubrirse á sí mismo. En la noche del 21 oyó gran ruido de pasos y de voces de los soldados y centinelas: lleno de horror y turbación repentina se creyó perdido, y resuelto á dejar su escondrijo, á toda costa hizo una cuerda con las sábanas y sus ligas, y con evidente riesgo de morir despeñado se descolgó por el emplomado introduciéndose en el camaranchon llamado de Monserrate. Al salir de allí aturdido tropezó con un centinela que debió reconocerle, y el cual, lastimado de tanto género de penas como le rodeaban, pues nunca falta un corazón piadoso aun entre los malos, le dijo: Vaya V. E. con Dios y le afvorezca y guie en aflicción terna, dándole al propio tiempo la contraseña que habían comunicado aquella noche á los centinelas, que era *Brusélas*. Ocasión bastante para poder escapar si se hallara Valenzuela con ánimo entero. Pero seguía los pasos de su desdicha y esta le llevó al dormitorio de los novicios, que ya estaban recogidos, y proponiéndole estos el peligro grande que corría en aquel sitio, determinaron llevarle á una celda próxima á la biblioteca (conocida hoy con el nombre de *Juanelo*), y con el entusiasmo imprudente propio de los pocos años irle escoltando todos para su mayor defensa y seguridad, no ocurriéndoseles que aquel tropel de jóvenes, que pasaban de cuarenta discurrendo á una hora tan desusada por los claustros del monasterio, y alterando forzosamente el riguroso silencio que la regla mandaba guardar en ellos, tenía por necesidad que llamar la atención de los centinelas y espías y que servir de aviso á los jefes. Creyeron ocultarle con mucha seguridad metiéndole encima del cielo de una alcoba en un hueco ó desvan donde se recogían las esteras, y tapando la ventana por donde había entrado con un cuadro. Allí le dejaron mas muerto que vivo, y se volvieron á su dormitorio muy

confiados. Los centinelas y demás gente apostada por los que dirigían la pesquisa comunicaron al punto la nueva, y se resolvió doblar aquella noche las guardias hacia aquel lugar, no determinándose á sacar al refugiado hasta el amanecer, por temor de que llegasen á entender los monjes el ruido y saliesen á la defensa quitándoles la presa de entre las manos.

Antes, pues, que rayase el alba, sin resistencia alguna, entraron en el paraje donde estaba el infortunado Valenzuela, atribulado y entre mortales congejas, y sin dejarle siquiera vestir, desnuda una pierna y sin zapato, con mas indecencia de la que podían haber usado con un foragido, le sacaron los alguaciles de corte, contenidos en extremo de este gran servicio prestado al implacable bastardo y á sus instrumentos. Lleváronle á la *Compañía* entregándosele al duque de Medina-Sidonia y á D. Antonio de Toledo, y estos ordenaron conducirle á las Rozas, lugar algo distante de Madrid tres leguas. Púsose en ejecución la orden por el conde de Fuentes y el duque de Medina-Sidonia llevando á Valenzuela en su mismo coche, y allá le dejaron con suficiente guarnición hasta dar cuenta á S. A., pareciéndoles que habían conquistado provincias y reinos segun lo alborozados y vanagloriosos que se mostraban.

El bastardo dispuso que sin pasar por la corte fuese llevado á la fortaleza de Consuegra, donde quedase incomunicado y en estrecha prisión hasta que otra cosa se determinase. Después de largos y terribles padecimientos fué el marqués de Villasierra despojado de todas sus rentas, honores y dignidades, y desterrado á las Islas Filipinas, donde se cree pereció abrumado de pesares y consumido por la miseria.

En aquella aciaga mañana del 22 de enero, apenas prendieron á Valenzuela, los soldados á manera de hambrientos lobos allanaron el aposento donde se hallaba en cama su esposa Doña María de Uceda con una hija suya, y con gran furia y atrevimiento hollando las leyes del pudor y del decoro la afrentaron y denostaron de palabras y la registraron almohadas y colchones. Haciendo escarnio de la honda pena en que la había sumido la terrible noticia de que se llevaban con tanta afrenta preso á su marido, la robaron sus alhajas y sus muebles mas preciosos, y destrozaron brutalmente todo lo que no se pudieron llevar. La infeliz señora que se hallaba en cinta, al verse de aquella manera insultada, tuvo un flujo espantoso que la puso al borde del sepulcro. Después se vió presa, arruinada, separada de su marido, y cuando se la permitió fijar su residencia en Talavera, perdió el juicio y murió demente.

Consumada la venganza de D. Antonio de Toledo, se quedó este en la real casa de San Lorenzo con parte de los soldados, por haber ido los restantes custodiando á Valenzuela, y con ellos fué conduciendo los bauls y alhajas del preso á la oficina de la procuración, donde quiso descerrajar y abrir los cofres para registrar lo que había dentro. Habiendo principiado á abrir uno, el prior le suplicó se sirviese por entonces suspender dicho reconocimiento hasta que viniese orden de S. M. para verificarlo, y conociendo aquel la razón desistió, depositándolo todo hasta que llegaron galeras de la corte, en las cuales se condujo lo embargado al Sitio del Buen Retiro, donde se hallaba á la sazón el rey.

Había en el convento un criado, llamado Juan Rodríguez, cuya ocupación y oficio consistía en cuidar de los materiales de la obra, siendo al mismo tiempo fontanero. Este criado, ó movido del interés y dádivas que le ofrecían, ó temeroso de las amenazas que quizás pudieron hacerle, era durante el bloqueo del monasterio el que daba el soplo de los parajes hacia donde era conducido D. Fernando Valenzuela. Estaban de esto tan ignorantes el prior y los monjes todos, que nunca llegaron á sospecharlo, hasta que, pasado mucho tiempo, hallándose un día el rey en su casa de S. Lorenzo tratando con el duque de Medina-Sidonia del caso ocurrido con el marqués de Villasierra, le preguntó: ¿De quién te valiste, Medina-Sidonia, para su prisión? Y el duque respondió: Señor, de Juan Rodríguez, designando el criado por su nombre porque sabía le había hablado el rey varias veces. Oyó estas palabras casualmente un religioso llamado fray Prudencio de San Gerónimo, á quien Carlos II estimaba mucho, y admirado del hecho dijo: Sepa V. M., señor, que Juan Rodríguez, á los pocos días de haber sido preso Valenzuela, registrando la fábrica y lo que hacían en el claustro de la librería, y saliendo de la misma parte donde cogieron al ministro, que está de alta poco mas de un estado, cayó y quedó muerto sin que le alcanzase la confesión.

Palabras fueron estas que dejaron pensativos á los circunstantes, pues aunque es cierto que aquel suceso podía atribuirse al acaso, tenía no obstante visos de haber sido castigo del cielo.

PEDRO DE MADRAZO.

Revista de Paris.

En un salon parisiense se contaban el último domingo algunas aventuras de ese famoso día de año nuevo, siempre fecundo en lances curiosos y en rasgos característicos, que se van revelando poco á poco en todo el mes de enero. Mr. A. S..., un novelista de agudo ingenio lo mismo en su conversacion que en sus escritos, contó la siguiente historia referente á un amigo suyo, que quisieramos poder trasladar con toda la gracia de su palabra viva y fácil á las columnas de nuestra revista.

Ricardo X..., nos dijo, volvía á su casa en la noche del 31 de diciembre pensando exclusivamente en tres cosas: 1º en su sastre; 2º en su prestamista; 3º en Clemencia de N...

— ¿Me habrá enviado el sastre mi frac negro para las visitas de mañana? se preguntaba á sí mismo. ¿Vendrá en mi socorro el usurero? ¿Habrá recibido Clemencia mi billete incendiario? ¿Me responderá? ¿Su respuesta me traerá las alegrías del cielo ó los tormentos del infierno?

Ricardo llegó á la puerta de su casa y el portero le recibió con esa sonrisa nauseabunda que nace invariablemente el 25 de diciembre en todos los labios mercenarios, y que expira no ménos invariablemente el segundo día de enero, y le entregó tres cartas recibidas aquella noche. Ricardo las tomó y reconociendo la letra de los sobres, se puso á leerlas con avidez á la luz que alumbraba todavía la escalera.

La primera era del sastre que le anunciaba que tenía á su disposición el frac negro, y que podía enviar por él cuando quisiera acompañando una suma de treinta pesos, pues su cuenta subía demasiado, y solo de ese modo le entregaría.

La segunda del usurero contenía la siguiente proposición:

« Me firmará Vd. un pagaré de cien pesos, le entregaré cuarenta y guardaré lo restante por intereses, corretaje, comision, etc., etc. Además me enviará Vd. algunos billetes de teatro para mi hijo que es muy aficionado á las comedias. »

Hé aquí el contenido de la tercera:

« Caballero: Devuelvo á Vd. con indignación la carta insolente que ha tenido Vd. la audacia de escribirme. No olvide Vd. en adelante que soy una esposa fiel y que no amo mas que á mi marido. »

Ricardo se quedó aterrado con las tres misivas y entró en su cuarto oprimido bajo el peso de una desesperación muda. Una vez que encendió su luz, sus ojos se fijaron en el reloj de la chimenea. iban á dar las doce. En breve oyó la hora, y mientras contaba maquinalmente los golpes del reloj pidió á Dios ¡deseo impremeditado en ese instante solemne! pidió á Dios como el mayor favor que pudiera dispensarle en todo el año, que quitara la vida á su sastre, al usurero y al esposo de Clemencia, y despues de formular este triple deseo homicida, se acostó y se durmió profundamente.

Al otro día, que era el 1º de enero, Ricardo fué despertado por los mozos de la casa de banca en donde estaba empleado á razon de ochocientos pesos anuales. Oída la felicitación, Ricardo les distribuyó sus últimas monedas, lo que le valió en cambio una cantidad infinita de reverencias y saludos.

— A las dos en punto recibe el señor amo á sus empleados, le dijo uno de los mozos, pero hay que ir de corbata blanca y frac negro.

La corbata blanca se halla al alcance de todo el mundo: un pañuelo, un trapo, un pliego de papel y ya hay corbata, pero el frac negro no es tan fácil.

— Vamos, exclamó Ricardo, pasaré por las condiciones del usurero, pagaré mi frac y aun me quedarán algunos pesos para darme tono y para seducir á la doncella de Clemencia. Y ratiocinando de este modo, Ricardo se vistió y corrió á casa del usurero.

— M. H..., dijo al pasar por delante de la casilla del portero.

El portero salió y alcanzando á Ricardo al pié de la escalera le detuvo diciéndole:

— Al fin ha llegado Vd., le están esperando arriba hace dos horas.

— ¿A mí?

— Sí, señor. Yo mismo he ido á buscar á Vd. á la oficina.

— Nunca voy el día de fiesta.

— Mal hecho; ¿acaso no se muere la gente en los días de fiesta lo mismo que en los otros?

— No le comprendo á Vd., dijo Ricardo.

El portero se explicó; había ido tres veces aquella mañana á las oficinas de la compañía que se encarga de llevar á la sepultura á los difuntos, y había tomado á Ricardo por uno de sus empleados.

— ¿Pero hay un muerto en la casa? preguntó el jóven.

— Sí por cierto, el pobre M. H... que ha sucumbido á un ataque de apoplejía fulminante.

— ¿Ha muerto? ¿Y cuando? ¿A qué hora?

— Esta noche á las doce.

Ricardo sintió un sudor frio que le bajaba por la espalda; subió las escaleras y penetró en casa del prestamista. El cuarto estaba invadido por algunos hombres vestidos de negro, los unos escribiendo y los otros sellando con lacre encarnado los cajones de todos los muebles.

— Caballero, dijo Ricardo al mas importante de la banda, M. H... me había prometido para hoy una cantidad de cuarenta pesos prestados.

— No sabemos nada, contestó, ahí tiene Vd. á su hijo.

— ¿Qué reclamación es esa? preguntó este; mi padre no era banquero que yo sepa.

— No lo dude Vd., repuso Ricardo, aquí traigo la prueba. Lea Vd. esta carta en que me dice que me prestará cuarenta pesos con un interés de sesenta.

— ¡Desgraciado! Vienes á insultar aquí la memoria de mi buen padre; no lo sufriré, exclamó el jóven enfurecido, y quiso precipitarse sobre Ricardo.

Una rápida fuga le libertó de sus garras, y ya le tenemos corriendo en dirección á casa de su sastre. Apenas abrió la puerta de la tienda, cuando vió un movimiento inusitado; los aprendices iban y venían con aire estupefacto, la mujer del sastre lloraba á voz en grito y sus cuatro niños la acompañaban.

— ¿Qué es lo que pasa? preguntó Ricardo á un aprendiz.

— ¡Ay, señor! ¡qué desgracia! Nuestro amo...

— ¿Qué le ha sucedido?...

— No le habíamos visto en toda la mañana y creyéndole fuera almorzamos sin él; pero hace diez minutos la señora entra por casualidad en su cuarto, mira la cama, y ve al amo que dormía... que parecía que estaba durmiendo; se acerca, le riñe por su pereza, y viendo que no se mueve, le toma la mano... ¡Ay, señor! la mano estaba helada, se precipita sobre él y le halla muerto. El médico ha dicho que ha sucumbido á la rotura de un aneurisma hará unas doce horas.

Ricardo mira su reloj; eran las doce en punto; sus cabellos se erizaron de espanto.

— ¿Y mi frac? preguntó con voz entrecortada.

— Pregunte Vd. á la señora, respondió el aprendiz.

Por grande que fuese su dolor, la señora reconoció á Ricardo.

— ¡Ah! es Vd., le dijo enjugando sus lágrimas; ¿quiere Vd. su frac negro? Venga el dinero... ¿No hay un ochavo? Muy bien, me quedo con el frac, justamente hay un parroquiano á quien le viene pintado. Mi marido ¡que Dios guarde! tenía un defecto, un gran defecto, un vicio capital, pecaba por exceso de confianza. Daba fiado á todo el mundo, á una porción de perdidos que nunca le pagaban... lo digo lo mismo por Vd. que por todos; pero yo soy una pobre viuda con muchos hijos que mantener, y le advierto que si pronto no me trae Vd. lo que me debe, ya sabré yo arrancárselo.

Así habló la señora viuda, el sastre habria entregado el frac, ella estuvo inflexible. En asuntos de dinero las mujeres son feroces.

Ricardo se retiró meditando y cabizbajo.

— ¿Tendré verdaderamente alguna culpa en la muerte repentina de esos dos hombres? se dijo con angustia.

Entretanto iba llegando la hora en que era preciso acudir á complimentar al banquero; pero ¿dónde encontrar un frac?

Paris seria una ciudad incompleta, indigna sobre todo de su fama universal, si no se encontrasen en ella justamente las cosas y los hombres que en vano se buscarian en las demás ciudades del universo. Mediante un peso fuerte pagado de antemano, hay ropavejeros industriales que alquilan por veinticuatro horas un traje elegante, esto es, frac negro, pantalon negro y chaleco blanco con un par de botas charoladas y el correspondiente sombrero. El parroquiano se viste en la trastienda.

Ricardo que conoce Paris tan bien como un cochero, se dirigió al mejor surtido de estos almacenes, donde le sacaron un vestido completo y nuevito que le venia como hecho para su cuerpo; pero cuando llegó el momento de pagar en vano registró sus bolsillos, la moneda menuda que llevaba no podia formar la mínima cantidad que se exigía. Sin embargo, se le ocurrió una idea.

— No tomo mas que el frac, dijo al prendero, y le volveré dentro de una hora; le voy á dar á Vd. medio peso, de modo que le pago mas caro que los que toman por uno todo el traje y se quedan con él un día y una noche. ¿Acomoda el negocio?

Inútil lógica, elocuencia perdida... el judío no quiso bajar un maradí del precio corriente, y Ricardo se fué como había entrado, es decir, un poco mas triste, pues la hora había pasado ya y tuvo que renunciar á su visita de etiqueta.

Tomando en paciencia su infortunio, Ricardo cumplió con los amigos ménos exigentes y cuando volvió á su casa, á eso de las seis de la tarde, el portero ya ménos cortés que la víspera, le entregó una carta de su principal que era una despedida en buena forma.

« Desde que entró Vd. en mi casa, le decía, eché de ver que no era Vd. un hombre conveniente para ella, y su conducta en este día solemne me ha confirmado en todos mis recelos. Solo Vd. ha prescindido de una señal de deferencia que debía Vd. considerar como un deber imperioso. — Así pues, no debe Vd. extrañar que disponga de su empleo en favor de un jóven muy cortés que me recomienda con calor un amigo íntimo. Desde hoy ha cesado Vd. de estar colocado en mi casa. »

— ¿Dónde está mi llave? preguntó Ricardo aterrado por este golpe imprevisto.

El portero se sonrió con malicia y contestó bajando la voz:

— Ya sabe Vd. quien la tiene.

— Si lo supiera no lo preguntaría.

— Se la he dado á una señora.

— ¿Qué señora?

— No la conozco; traía el velo sobre la cara y venia vestida de negro.

— ¿Y así da Vd. mi llave á quien no conoce?

— ¡Ah! ya se presume quien es, respondió el portero que había recibido propina de la dama.

El asombro de Ricardo llegó al colmo cuando reconoció á Clemencia de N... instalada en su cuarto calentándose con mucha calma á su chimenea.

— ¡Vd. aquí, señora! exclamó; no puedo creer lo que estoy viendo; despues de la carta que me escribió Vd. ayer...

— Ayer era casada, interrumpió Clemencia.

— ¿Y hoy?

— Hoy soy viuda.

Ricardo clavó sus uñas en el respaldo del sillón y se alzó un palmo del suelo.

— ¡Viuda, repitió; ¡Vd. viuda!

— Esta noche se ha suicidado mi marido en el instante en que mi reloj daba las doce. Escúcheme Vd., Ricardo, sin interrumpirme. Yo tambien le amaba á Vd. con delirio, pero ántes que declarárselo habria muerto. Ya ve Vd. que

uso hago de mi libertad; ahora que podemos amarnos sin delito he venido aquí para decir á Vd. que mi vida, mi vida entera le pertenece. Como nos casarémos dentro de diez meses, puedo hablar con Vd. como hablaria con mi esposo. Estoy en la miseria: mi marido se ha matado por las pérdidas considerables que ha sufrido en la Bolsa últimamente, y solo me ha dejado muchas deudas... Pero ¿qué importa la fortuna cuando hay el amor que nosotros nos tenemos? Trabajaré Vd. mas que ahora y pronto se remediará todo; pagarémos las deudas del difunto, dotarémos á mi hija que en breve cumplirá diez y nueve años, y pondrémos á cubierto de la miseria á mi familia que tambien ha quedado mal con los desastres de mi casa. Querido amigo, Vd. tiene veinticuatro años, lo sé, y yo treinta y ocho, pero esta diferencia de edad es la garantía mas segura de nuestra felicidad venidera.

Ricardo oyó este largo discurso sin decir una palabra. Clemencia á quien nunca habia visto sino prendida de veinticinco alfileres, en sociedad, le pareció lo que era, una jamona majestuosa, pero nada mas que una jamona.

— ¡Desgraciado de tí! exclamó hablando consigo mismo; has deseado la muerte de tu prógimo y Dios, siempre justo, te castiga.

Y corrió á la vidriera, la abrió, se lanzó cabeza abajo y....

Y se despertó sobresaltado, sin aliento, ahogado de sudor.

— Gracias á Dios, murmuró, todo era un sueño. Señor, conservad los días preciosos de mi prestamista y de mi sastre, y sobre todo los de mi amigo el esposo de Clemencia.

MARIANO URRABIETA.

Regreso de los tiradores argelinos á la Argelia.

Despues de la acogida entusiasta que la ciudad de Argel hizo al regimiento de tiradores argelinos á su vuelta de Crimea, la provincia de Constantina ha manifestado tambien á aquellos de sus hijos que venian del teatro de la guerra la mas viva simpatía.

Desembarcados el 16 de diciembre en Philippeville, los soldados fueron recibidos con entusiasmo por el ejército y la población. En todo el camino hasta Constantina, el júbilo de los colonos y de los árabes no fué menor que en el litoral; pero sobre todo en Constantina, la manifestación llegó á tomar un carácter grandioso é imponente.

El 19 al mediodía, el general comandante de la provincia, acompañado de su estado mayor, de un brillante cortejo de oficiales de todas armas y de toda la caballería, salía al encuentro de los valientes tiradores.

El batallón indígena de Constantina esperaba á sus compañeros en el puente de Aumale. El resto de las tropas y una muchedumbre inmensa ocupaban la plaza de la Brecha delante de la puerta Vallée que habia sido trasformada en arco de triunfo.

A las tres, los himnos nacionales que resonaban en el fondo del valle del Rummel, anunciaban la llegada de los que eran el objeto de esta fiesta. Muy luego, sobre esas rápidas pendientes que conducen al peñón de Cryta, se distinguió como una larga serpiente de mil colores. Venian primeramente el general comandante de la provincia con una brillante escolta; la música, el estandarte y un des. camento del 99º; luego los tiradores esperados con tanta impaciencia; luego el batallón indígena de Constantina, y por último un inmenso gentío de parientes y amigos.

La cabeza de esta columna llegaba ya á la puerta de la Brecha cuando las últimas filas no habian atravesado aun el puente de Aumale. Cuando pasaban los valerosos veteranos de la Crimea, las frentes se inclinaban, resonaban los vivas, los indígenas agitaban los ramos simbólicos de laurel y las mujeres entonaban el *you you* nacional.

En medio de esta alegría general, preciso es decir que mas de una frente tenia el sello del dolor; mas de una madre lloraba á su hijo ausente, porque no todos los que salieron hacia dos años volvian entónces.

La entrada en la ciudad, verdadera marcha triunfal, se prolongó á la vista del general comandante de la provincia durante el desfile de todas las tropas de la guarnición que servian de escolta de honor á sus hermanos de Crimea.

A las cuatro, un *cuscus* formidable ofrecido por la ciudad de Constantina reunía en la plaza de la Brecha á los oficiales y soldados recién venidos. Las músicas árabes tocaban la *maba nacional*, los coros de las diversas corporaciones religiosas cantaban la gloria del vencedor y la alegría de la vuelta. La población en masa les rodeaba, europeos y musulmanes se hallaban confundidos y sus corazones latian unánimes, porque el valor no tiene patria, la gloria no tiene enemigos.

Esta reunion de familia se acabó dignamente por la noche con un ponche ofrecido por los oficiales de la guarnición á sus compañeros de Crimea y á la administración civil de Constantina.

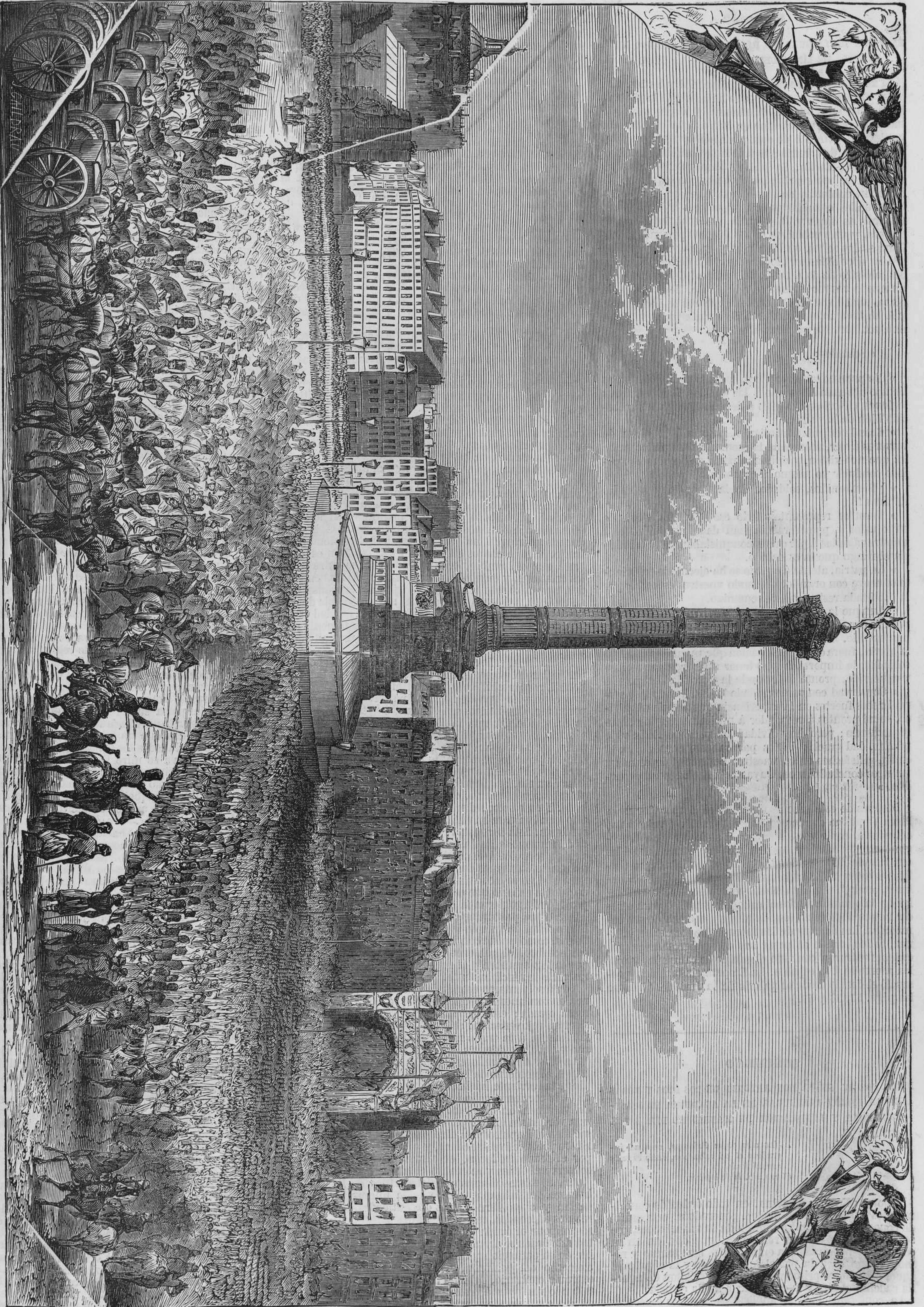
Despues de haber festejado á estos soldados valerosos que han sabido arrostrar tantos peligros, era justo rendir homenaje á los jefes que tan bien les guiaron al enemigo. Por eso en los ardientes brindis que se echaron no se olvidó á los generales eminentes á quienes la provincia ha debido su desarrollo y la Francia una gran parte de su gloria en Oriente.



Entrada en Argel de los tiradores argelinos de regreso de la campaña de Crimea.



Entrada en Constantina de los tiradores argelinos de regreso de la Crimea.



Recepcion en la plaza de la Basilla de los cuerpos procedentes del ejército de Crimea.

Entrada

EN PARIS DE LA GUARDIA IMPERIAL Y DE CUATRO REGI-
MIENTOS DE LÍNEA DEL EJÉRCITO DE LA CRIMEA.

El 29 de diciembre la guardia imperial y los 20°, 39°, 50° y 97° regimientos de línea se hallaban en la plaza de la Bastilla, á las once de la mañana, y se preparaban á hacer su entrada solemne en París. A la entrada del boulevard, enfrente de esta plaza, se levantaba un inmenso arco de triunfo; se veía otro también frente al teatro Saint-Martin. Se habían empavesado todas las casas de los boulevards; las fachadas de los teatros se hallaban cubiertas de trofeos y flotaban en muchos sitios grandes estandartes con los colores de los aliados. La tropa de línea y la guardia nacional formaban la carrera, y una población de 3 á 400,000 personas se hallaba en las calles, en las plazas y en las ventanas.

A las doce el Emperador acompañado de los príncipes, del ministro de la Guerra, del general Canrobert y de un estado mayor inmenso y brillante, llegó sobre la plaza. Redoblaron las cajas, las banderas se inclinaron, y S. M. acercándose al frente de batalla pronunció con una voz clara las palabras siguientes:

«Soldados:

» Me presento ante vosotros, como se presentó en otro tiempo el Senado Romano á las puertas de Roma á sus legiones victoriosas. Vengo á deciros que habeis merecido bien de la patria.

» Grande es mi sentimiento, porque á la dicha de volveros á ver, acompaña la memoria harto dolorosa de los que no existen, y el hondo pesar de no haberos podido conducir yo mismo al combate.

» ¡Bienvenidos, soldados de la guardia y soldados de línea!

» Vosotros representais todo ese ejército de Oriente cuyo valor y perseverancia han dado nuevo lustre á vuestras águilas á par que reconquistaban para la Francia el rango que la es debido.

» La patria, atenta á cuanto se ha ejecutado en Oriente os acoge con orgullo, midiendo vuestros esfuerzos por la obstinada resistencia del enemigo.

» Aunque la guerra no haya terminado, os he hecho volver, porque es justo reemplazar á los regimientos que han sufrido. Así cada uno podrá tener alguna parte en la gloria, fuera de que á la nación que mantiene 600,000 soldados, le importa mucho tener un ejército numeroso y aguerrido, pronto á ir donde la necesidad exija.

» Conservad con sumo cuidado los hábitos de la guerra, haceos fuertes en la experiencia que habeis adquirido, estad prontos á responder á mi llamamiento si fuere necesario; pero hoy olvidad las pruebas de la vida militar, dad gracias á Dios por haberos conservado, id en fin satisfechos entre vuestros hermanos de armas y vuestros conciudadanos, cuyas aclamaciones os aguardan.»

Después de este discurso marchó el Emperador á la Plaza Vendôme donde presencié el desfile. La fiesta fué entusiasta, como era de suponer: al frente de cada regimiento marchaban los heridos que fueron acogidos con grandes testimonios de simpatía. La vista de los uniformes estropeados y de las banderas acribilladas á balazos, produjo también la mas viva emoción. Los oficiales de la guardia nacional salían de sus filas para ofrecer ramos de flores á los oficiales en nombre de sus camaradas. Las águilas de las fuerzas que formaban la línea, se inclinaban al pasar sus compañeros de armas, quienes entraron con todo el equipo de campaña, y con los morrales á la espalda. La Emperatriz también presencié el desfile desde el palacio de la Justicia. (Véanse las págs. 53, 56 y 57.)

DISCURSO

LEIDO POR EL SEÑOR DON ANTONIO DE LOS RIOS Y ROSAS
EN LA SESION INAUGURAL DE LA ACADEMIA DE JURIS-
PRUDENCIA Y LEGISLACION DE MADRID EL DIA 3 DEL
ACTUAL.

... *lex vera atque Princeps, apta ad ju-
vendum et ad velandum, ratio es recta
summi Jovis.*
Cícero, lib. II de legibus.

Señores: En toda doctrina, en todo orden de conocimientos existe una idea madre, generadora, primordial de conocimientos que se manifiesta en sus orígenes, que se desenvuelve en sus relaciones, que domina en su conjunto y penetra hasta en sus hilos mas tenues y remotos, que es á la par el fundamento y la cúpula de aquel edificio, el primero y el postrer eslabon de aquella cadena, el alfa y la omega de aquella ciencia.

La contemplación, el análisis paciente, la especula-

ción continua de esta noción cardinal, deben constituir el asunto privilegiado de los que iniciados en los rudimentos, así como en las aplicaciones de un sistema, y maduros ya en su estudio, aspiran á asimilárselo en su inteligencia, á alimentarse con su sustancia, á comprenderlo en sus interioridades, á engrandecerle, á dilatarle, á hermosearle en su planta y en sus formas.

Por esta razón, señores, la vez primera que tuve el honor de sentarme en este sitial, investigué en medio de vosotros la existencia del principio de la ciencia jurídica, os demostré su realidad, expuse á vuestros ojos aunque sumariamente y en una armazón descarnada, la teoría del derecho.

Hoy, que vuelvo á dirigiros mi voz ya harto fatigada, al cabo de tres años, que han sido un siglo en la vida de una nación, y un fugaz meteoro en nuestra propia vida, hoy que al través de pasiones encendidas, de instituciones hechas polvo, de ilusiones muertas y de esperanzas dolorosamente defraudadas, me encuentro nuevamente agoviado con la responsabilidad y con la gratitud de vuestra confianza; hoy, en medio de las ruinas que nos rodean, de los temores que nos asaltan, de las oscuridades que nos envuelven, me cumple proseguir la tarea comenzada hace tres años, armado contra las vicisitudes de los tiempos, con la imposibilidad de la ciencia que dura siempre y que no sucumbe nunca.

Recordad, señores, conmigo que dos contrarias escuelas combaten entre sí en una eterna batalla en el cerrado palenque de la jurisprudencia. La una de ellas no pasando de la corteza ruda, colocó en la inclinación al placer y en la repugnancia al dolor la razón determinante, así de la ley natural, como de la ley positiva: esta es la escuela sensualista. La otra, penetrando entrañablemente en la índole orgánica del hombre, encuentra en su amor ingénito, al bien moral, en su ingénita aversión al mal, esa misma razón determinante: esta es la escuela espiritualista.

Os demostraré, pues, en mi primera oración inaugural, ya íntegra y derechamente en el campo de la psicología, ya posterior y consecuencialmente con el perpetuo espectáculo de las cosas humanas, la pequeñez, la vanidad, la falsedad patente é incurable del sistema sensualista; no ménos que la verdad inconcusa, la solidez marmórea, la majestuosa grandeza del sistema contrario. Y al probaros esta doble tesis, también os mostraré que el hombre, criatura maravillosa entre todas las criaturas, y entidad compleja entre todas las entidades, perteneciendo al mundo invisible de las causas por su espíritu, así como pertenece al mundo visible de los fenómenos por su cuerpo, en su primera calidad es libre, responsable, perfectible, y discurre lentamente por el sendero de la vida hácia un ulterior y mas alto destino.

Ahora bien, señores (y vedme ya conducido al objeto particular del presente discurso), si el hombre tiene libertad, responsabilidad y perfectibilidad; si posee estos tres conceptos que en rigor se resuelven en uno solo, porque los dos últimos son elementos necesarios del primero, si á la par que la libertad que le suelta de todo vínculo, tiene mas allá de la tumba una vocación necesaria, y mas allá del tiempo y del espacio un fin indeclinable, que le impelen y le encaminan; claro es que para que el hombre no pierda su libertad, ni tampoco falte á su fin, ha menester forzosamente una luz que le alumbrase sin ofuscarlo, una regla que le dirija sin cohibirle. Y en efecto, señores, el hombre ha recibido de lo alto una luz para su entendimiento, una regla para su conducta. Esta luz, esta regla, esta guía, cuando se aplica á la razón, se llama la *verdad*; y se llama el *derecho* cuando se aplica á las acciones. Doble criterio que Dios ha puesto en manos de la criatura hecha á su imagen, para que no se extravíe en el confuso dédalo del mundo; doble criterio que es el medio ordinario con que su providencia gobierna la humanidad.

Acaso me preguntaréis, engolfándoos en la lóbrega inmensidad de una de las mas arduas cuestiones metafísicas, como puede conciliarse con la absoluta libertad del hombre, el gobierno ineluctable de Dios, supuesto que la luz alumbraba y la regla dirige al hombre sin arrastrarle invenciblemente.

Voy á solventaros esta duda que tiene mas íntima conexión con nuestro asunto de la que aparece á la primera ojeada; este enigma inmortal, siempre viejo y siempre rejuvenecido; esta esfingie tremenda que lleva fatalmente á la triple negación de la verdad, del derecho y de la providencia.

La libertad es, señores, la corriente de los actos imputables, el gobierno de Dios es la márgen que contiene y dirige la corriente hácia su término necesario. Cada onda de la corriente, cada gota de agua, puede extraviarse del volúmen en que está comprendida y perderse en una vereda sin éxito: pero la masa de las aguas nunca sacuden el impulso y la dirección que les comunican la ribera y el declive del cauce, y caminan siempre juntas por el fondo del lecho, en cantidad sobrada para que conserve el orden y se realice el plan escrito *ab eterno*.

Así, al mismo tiempo que dotaba Dios de libertad al hombre, fundaba el gobierno de la humanidad. La libertad y el gobierno, estas dos entidades, son los elementos adecuados, correspondientes y recíprocos de que se compone el orden moral. Sin el elemento de la libertad este orden se arruinaría, dejando de trabajar el hombre en su perfección y de cooperar á su destino; y sin el elemento del gobierno, se arruinaría asimismo por el extremo contrario, dejando Dios de ayudar al hombre, faltando sus leyes á la humanidad, y perdiéndose esta en una confusión irreparable.

Porque hay entre las leyes del mundo espiritual y las del gobierno físico la cardinal diferencia de que estas imprimen á los seres sometidos á su acción, un movimiento necesario é irresistible; y aquellas por la inversa un impulso limitado y superable; de modo que en el orden moral quedan mutuamente libres la voluntad gobernante y la voluntad gobernada, sin que ninguna de las dos suprima ni aniquile á la otra.

Y sin embargo, las leyes de entrambos mundos, con ser tan diversas en sus efectos, son idénticas en su esencia; porque las leyes morales, que regulan las relaciones de las voluntades libres, lo mismo que las leyes matemáticas, que regulan las relaciones de las entidades materiales, son inmutables, absolutas y eternas; como quiera que el uno y el otro universo hallan su conjunción necesaria en lo eterno, en lo absoluto y en lo inmutable, de donde inflexiblemente parte todo movimiento, adonde inflexiblemente vuelve, y donde acaba inflexiblemente.

O admitimos, señores, esta solución, ó tenemos que negar radicalmente la noción de las leyes generales en el orden moral, esta noción que el género humano ha confesado con su conciencia y ha atestiguado con su historia por espacio de seis mil años.

Así, señores, si la libertad existe, también existe el poder; así, la idea del derecho no es una idea simple, sino una idea compleja; así, esta idea se compone de otras dos ideas elementales, y en las mismas dos se descompone; así el derecho es la compaginación del poder y de la libertad. Suprimid de esta entidad, ora en el orden moral, ora en el orden político, cualquiera de sus dos términos necesarios, y la entidad se arruina y se desvanece instantánea é irremediabilmente. Arrebatadle al hombre individual, ó al hombre colectivo el poder; y el hombre, careciendo de dirección, carece de derecho, y se pierde en la anarquía. Arrebatad la libertad, y el hombre, careciendo de espontaneidad y de actividad, carece también de derecho, y se abisma en el despotismo.

Ya veis que penetramos en los mas íntimos senos del problema: demos un paso mas para acabar de descen-
trañarle y resolverle, fijando en una fórmula concreta y esclareciendo con una luz invencible la esencia del derecho.

Habeis ciertamente deducido, por lo que he expuesto hasta aquí, que el derecho envuelve una idea de relación entre el hombre y el poder; pero acaso no habréis parado tanto vuestra atención en que envuelve también otra idea de relación de individuo á individuo; como quiera que siendo el derecho la regla de todas las acciones, así ha de regular las que se refieren del hombre al poder, como las que se refieren de uno á otro hombre.

Ahora bien (y descendamos ya de la alta esfera de orden moral íntegro á la humilde región del orden puramente humano), la limitación es el carácter fundamental del derecho, ó se predique este del ciudadano con respecto al poder ó á la sociedad, ya se predique de uno con respecto á otro ciudadano. Porque para que cada entidad social posea su derecho peculiar, es menester de toda necesidad que ninguna posea un derecho absoluto; como quiera que un solo derecho absoluto absorbería y destruiría todos los demás derechos.

Esto sentado, ya se mire la cuestión desde el punto de vista del principio de la libertad, ya desde el punto de vista del principio de la autoridad, todo derecho depositado en una de aquellas entidades, supone una limitación del derecho ageno; ó en otros términos, supone y requiere un deber.

Así, la idea del derecho encierra forzosamente dos nociones correlativas, la noción del deber y la noción del derecho propiamente dicho. Así cada derecho personal encuentra en el derecho ageno un deber propio, que lo limita, lo contiene y lo equilibra. Así, el derecho no es mas que una sola faz de la justicia, su faz individual; el deber es la otra faz, su faz colectiva; el derecho es la faz egoísta, el deber la faz generosa. El deber y el derecho son los dos aspectos de una misma realidad, el anverso y el reverso de un mismo prototipo, las manifestaciones adecuadas y paralelas de un mismo principio. Para completar este razonamiento, reproduciendo en otros términos una fórmula que he anunciado ya dos veces, porque surge á la continua de las mismas entrañas del asunto, os diré, señores, que sin el derecho, aniquilándose el hombre se destruiría la sociedad, y que sin el deber, aniquilándose la sociedad, perecería también el hombre.

De manera que el hombre social no puede vivir sin deberes, como no puede vivir sin derechos. Si ha menester la libertad para que no le ahogue en sus garras una dominación tiránica, ha menester la obediencia para sostenerse con ayuda de una ley común, en cuerpo de nación. Si la igualdad le es necesaria para no decaer del puesto en que Dios le ha colocado al par de todos sus semejantes, la gerarquía le es necesaria para no hundirse, careciendo de la guía del poder, en la disolución del aislamiento. Si ha menester y necesita la caridad y la fraternidad, para que el amor y la confianza estrechen y multipliquen y dilaten los vínculos sociales, también ha menester y necesita el respeto y la veneración, para reconocer, determinar y fortificar la autoridad de la edad, la magistratura de la virtud y el imperio de la legalidad.

En una palabra, señores, donde quiera que halleis ó imagineis un derecho, buscad ó imaginad al punto un deber correspondiente; y si no le encontráis ni concebís, sabed y tened por seguro que caminais por la senda del error al abismo del sofisma. Esta es regla absoluta, exenta de toda cortapisa y de toda excepción en el

orden humano, así como en el orden político; este es un dogma que en vano ha sido negado, y una realidad que ha sido en vano escarnecida, como todos los grandes dogmas y como todas las realidades inmortales.

Y es lo singular, señores, que los ateos del orden moral, así como los entusiastas glorificadores del derecho, los unos á sabiendas, los otros sin conocerlo, parece como que han conspirado de consuno á socavar esta realidad y á enflaquecer este dogma. Tal es la ley oculta y la fatal atracción de los extremos. Por eso Bossuet, el gran Bossuet, esa lumbrera de la Iglesia, esa antorcha de la filosofía, ese fénix de la elocuencia, construyó ambiciosamente esta fórmula famosa: «No hay derecho contra el derecho.»

La autoridad de la doctrina y la fascinación del genio le granjearon á esta fórmula un éxito victorioso. Y cuando en pos del sabio, adorador de la justicia, han venido á edificar sobre ella los sofistas, sectarios de la nada, entonces hemos echado de ver que una verdad exagerada, envuelve tanto y tan peligroso error, como una verdad incompleta.

Si hubiéramos de oponer á esa fórmula, precisa y falsa, una fórmula semejante, tan precisa y mas verdadera, habríamos de decir que «no hay derecho contra el deber;» como quiera que el deber limita siempre al derecho, y á veces lo destruye. ¡El deber, señores, que es el amor, que es la abnegación, que es el sacrificio! ¡El deber, que es la conciencia, sirviendo de escudo á la justicia! ¡El deber, arma inocente, templada con el temple divino de la paciencia y de la dulzura! ¡El deber, arma incruenta de Jesucristo, vencedora del mal y libertadora del hombre, contra la cual no ha prevalecido nunca ni prevalecerá jamás ninguna violencia ni ninguna tiranía!

Os expuse años pasados la teoría del derecho, y acabo hoy de exponeros su naturaleza.

Por donde quiera que estudiamos esta naturaleza, en abstracto ó en concreto, generalizando ó ciñéndonos, en la región de los principios ó en el estudio de las aplicaciones, encontramos siempre en ella un constante dualismo: ántes la libertad y la autoridad; ahora el deber y el derecho.

¿No hiere, señores, vuestra inteligencia, y no la inflama con una súbita luz la tenaz reproducción de este fenómeno perenne? ¿No os dice y no os enseña que el dualismo es la ley ineluctable del orden político, así como del orden humano? ¿No os demuestra invenciblemente que la unidad y la simplicidad, aplicadas con rigor á la construcción de la máquina del poder, son antipáticas á la complexión del hombre, y mortales á su temperamento?

Pues si estas razones inconcusas, aun proferidas por mis labios balbucientes, labran la convicción en vuestros ánimos, y aceleran en vuestros pechos el curso de la sangre al choque eléctrico de la persuasión; aperciáos y levantáos al rumor y al estrépito de las ideas para conquistar, para defender, para propagar la verdad contra todos los absolutismos. A los absolutistas del poder, oponedles la realidad y la necesidad de la libertad; á los absolutistas de la libertad, oponedles la necesidad y la realidad del poder; á los unos y á los otros hacedles frente y dadles en rostro con la realidad y la santidad del derecho.

¡A vosotros os toca y os obliga por muchos títulos esta gloriosa iniciativa! ¡A vosotros, que estais en la edad feliz, en que la pasión del bien, la mas grande de las pasiones, comunica vigor al cuerpo y da al espíritu una expansión incontrastable! ¡A vosotros, que no sois reos ni víctimas, sino jueces de lo presente y de lo pasado, y á quienes por ley de la naturaleza, cuando no por la opción del mérito, pertenece lo venidero! ¡A vosotros, á quienes el espectáculo de la realidad palpitante y las enseñanzas de la historia contemporánea adoctrinan mas en un día que en un año la silenciosa especulación del estudio! ¡A vosotros, que comprendéis, y porque comprendéis viviréis, ya que comprender ó morir es la suerte fatal de nuestro siglo!

En esta difícil tarea, á que os llama y os solicita el santo amor de la patria, no os desalentéis, señores, si por ventura no acertáis á dar con la ponderación y con el equilibrio, á cuyo logro os consagrais. No por eso habréis dejado de trabajar en bien de la nación; no por eso habréis dejado de mejorar la obra de vuestros padres; no por eso habréis dejado de acercaros á la perfección, á que siempre aspira y á que nunca llega el hombre. Esa es su vocación, esa la vuestra, esa la lucha de la humanidad.

Y así, cuando despues de grandes y fecundos sudores, y en pos de una honrosa carrera, os acerqueis lentamente al borde del sepulcro, no tendréis que acusaros con amargura de haber servido en vuestros primeros años á la causa de la libertad, de haber servido á la causa del poder en vuestros años postreros, y de no haber acertado á servir nunca la causa de la justicia. Y entonces el respeto del mundo, el testimonio de la conciencia, la paz del alma, serán el galardón de la consecuencia de vuestra conducta y de la identidad de vuestra vida, y adornarán vuestras canas con la humilde corona del mérito modesto y sólido, mas preciada y mas inmarcesible que la falsa auréola de la popularidad y que los vanos honores de la fortuna.

¡Plegue al cielo, señores, que estos votos que le hago en la sinceridad de mi corazón y con la autoridad de mis desengaños, se vean colmados un día! ¡Y ojalá que en ese día consagreis un recuerdo en vuestra mente y un latido en vuestros pechos, no á los consejos del maestro, sino á la memoria del amigo!

Y ahora permitidme que, constituyéndome en órgano

de vuestros sentimientos, aquí en presencia del ilustrado gobierno de S. M., y en nombre de esta academia, dé un público testimonio y rinda un solemne homenaje de su profunda gratitud á la insigne protección que debe á nuestra augusta y magnánima soberana, cuya maternal solicitud por el auge y esplendor de las ciencias y las letras, que crece al par de los años, y no se fatiga con el tiempo, será uno de los mas esclarecidos timbres de su fausto reinado en el juicio de la posteridad y en la conmemoración de la historia.

He dicho.

MEMORIAS DEL VERANO.

Hechiceras madrileñas,
Salid, salid de la cama,
Que ya dora los tejados
La luz naciente del alba.
Con cuidadoso descuido
Vestid la ondulante falda,
Vuestros cabellos cubriendo
Con frescos tules y gasas.
Abrid la sombrilla leve
De colores matuzada,
Porque al sol no den envidia
Los soles de vuestra cara,
Y corred á los pensiles
Que á Madrid en torno esmaltan,
Y que sus gracias esperan
Aumentar con vuestras gracias.

Dios ayuda al que madruga,
Por eso ya visteis cuantas
Por madrugar en verano
En el otoño se casan.
Dios os dará un buen marido
Si procurais imitarlas,
Que á vosotras las solteras
Es lo que os hace mas falta.

Ya miraros me parece
Lucir matinales galas
En las verdes alamedas
De la fuente Castellana.

O en el ameno Retiro
Cruzar entre espesas ramas,
Y en el florido Botánico
Respirar dulce fragancia.

Por donde quiera las flores
El puro ambiente embalsaman,
Y reverencias os hacen
Al impulso de las auras.

Himnos y jotas y duos
Al sol los pájaros cantan,
Y el arroyuelo murmura
Porque le tienen sin agua.

¡Qué frescura! ¡qué alegría!
¡Cuán hermosa es la mañana!
Sudando el quilo la córte
Se despuebla por gozarla.

No en sus trajes nos desmuestra
La esplendidez cortesana,
Sino con grata frescura
Sencilísima elegancia.

Allí pasean los niños
Con sombreros de alas blandas,
Y vestidos de una tela
Desde la frente á las plantas.

Allí en fáciles conquistas
A todas os avasallan,
Y tan solo con miraros,
El corazón os arrancan.

Aquí un doguito rechoncho
Con una pareja rancia,
Montón de carne y de huesos
Semejante á dos tinajas.

Allá, sentado en un banco,
Saca á un libro la sustancia
Uno que estudia en paseo
Y se pasea en su casa;

Acullá en busca de fuentes,
Con iguales pasos anda
Otro que higiénica juzga
La medicina hidropática.

Mirad como al pié del chorro
Las claras linfas escancia,
Y, vaso á vaso, un estanque
A su estómago traslada.

Envuelto en nubes de polvo
Allí un char-á-banc se lanza
Donde un marqués, de cochero
En el noble arte se ensaya.

Mas ya el sol tífus reparte;
Por hoy de paseos basta,
Y hácia la Casa de Campo
Irémos juntos mañana.

Escucharéis en sus bosques
Las discusiones que entablan
Los ruiseñores artistas
Y las tórtolas románticas.

Y ciñendo de personas
Un cinturón ó guirnalda,
Veréis una fuentecilla
Que todo diz que lo sana.

¡Con qué afición cada uno
Sus férreos jugos se traga!
¡Y saben como las linfas
Con que escribo estas palabras!

Ved cómo tiñen de rojo
Las piedras por donde pasan:
Si los probais, lo mismito
Se pondrán vuestras gargantas.

¡Huid, huid de esos campos!
Y si mis versos os cansan,
Veréis que pronto de un golpe
Paseo y romance acaban.

Que yo también, madrileñas,
De dejaros tengo gana;
Que es por Dios mucho negocio
Llevar á paseo á tantas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

ANGÉLICA.

LA ORACION.

I.

En religioso silencio,
En calma triste y profunda,
Praderas, montes y valles
Ni suspiran, ni murmuran.
Coros de blancas estrellas
Brillan con luz moribunda:
Otras allá en occidente
Se desvanecen confusas.
El alba apenas sonríe,
Velando mal su hermosura
El casto velo que bordan
Ligeras franjas de púrpura,
La brisa vuela impaciente,
Tímida, indecisa y muda
Y ni las hojas agita,
Ni el hondo silencio turba,
Y mas el alma la siente,
Que los oídos la escuchan.

II.

Sobre sus tallos dormidas
Dulces las flores se arrullan,
Y en leves ondulaciones
Con suavidad se columpian,
Despierta una flor, y alzando
Al cielo la frente pura,
En éxtasis inefable
Las lozanas hojas junta:
Y del pudoroso seno
Brotando la esencia oculta,
Manda á la aurora el suspiro
De su amor y su ternura.
Entonces maravillosa
Sobre su frente fulgura
Una gota de rocío
Con que el alba la saluda:
Perla que baña sus hojas,
Y el tierno cáliz fecunda.

III.

La clara luz de la aurora
Prados y valles inunda,
Arroyos, auras y flores
Puros acentos modulan
La tierna Angélica muestra
Tan delicada frescura,
Que es por lo hermosa la reina
De aquella pradera inculta.
Las flores todas la miran,
Las mariposas la buscan,
Las auras en ella sola
Sus blandas alas perfuman,
Y porque sus ondas bese
La fuente á sus piés murmura,
Ofreciéndole en tributo
Suelos encajes de espuma.
La flor sonríe, se inclina,
Y entre el follaje se oculta.

José SELGAS Y CARRASCO.



Desfile en la plaza Vendome de cuerpos procedentes del ejército de Crimea.

Exposicion Universal de la Industria.

XX.

SEDAN. — ELBEUF. — LOUVIERS. — VIRE. — LISIEUX. —
ABBEVILLE. — BISCHWILLER.

En el campo de los paños ninguna de las ciudades francesas se presenta á las miradas con una fisonomía propia y un carácter bien determinado. Cada una tiene sus hábitos y su género de trabajo. La Exposicion ha puesto en relieve esas diferencias singulares, esas aplicaciones variadas.

La fábrica de Sedan, cuya fundacion data de mas de dos siglos, ha figurado en la Exposicion con los dos géneros de productos que componen á la hora presente la industria de los paños: el paño propiamente dicho y la novedad. Aunque haya perdido muchísimo terreno en el campo del consumo general, el paño constituye todavía el fondo del trabajo sedanés; y se ha encontrado allí en manos tan hábiles, de tan merecida reputacion, que conserva intacta su antigua fama á pesar de las conquistas realizadas por las telas de novedad.

Nada hay que decir ya de las casas que representan los paños de Sedan, sobre todo esos paños negros que son el artículo tradicional de la fabricacion, y cuyo tinte inimitable desafia la injuria de los tiempos. La perfeccion de los productos expuestos fué admirada por todo el mundo. Esa supremacia invariable, los alimentos que ha suministrado y suministra al trabajo local, son títulos de la mas alta importancia ante la opinion pública.

Si se examinan los informes de los jurados de las exposiciones francesas desde hace treinta años, se ve que siempre se otorgaron las recompensas mas lisonjeras á las casas Cunin-Gridaine, F. Bacot, P. Bacot, Berteche y Chesnon, sea bajo su nombre actual, ó bajo otra razon social. Muchas veces, fuera del concurso, como miembro del jurado ó como ministro del comercio, M. Cunin-Gridaine conservaba como fabricante esa situacion eminente que una medalla de oro vino á confirmar desde el año 1823.

Al lado de esas casas vimos á MM. Blanpain hermanos, cuyos tejidos blancos y tejidos de colores rojo y amaranto merecen los mayores elogios; á M. A. Rousselet, que se ha hecho una especialidad en los paños de calidad ordinaria y baratos, y en fin, á MM. Vesseron hermanos y M. Marius Paret.

Cualquiera que sea el valor de los antiguos artículos de Sedan, esa fabricacion habria sido adelantada por sus rivales, habria visto al comercio separarse de ella poco á poco, sino se hubiese prestado á las exigencias del gusto nuevo. Sin duda alguna, los manufactureros mas famosos habrian vendido siempre sus productos, pero la fabricacion, colectivamente considerada habria disminuido.

En Sedan fué donde se dió la señal de la transformacion de los paños finos franceses por la aplicacion del telar Jacquard; y allí fué donde se abrió mas anchamente la via nueva. M. Bonjean tomó la iniciativa, y su casa dirigida hoy por MM. Berteche y Chesnon ha conservado siempre el punto que conquistó en un principio.

Sin embargo, los triunfos industriales de la casa Bonjean no impidieron que los artículos de novedad permaneciesen rezagados hasta en los últimos tiempos. El peligro que envolvía ese entorpecimiento de un ramo industrial que cada dia tiene mas consumo, se halla hoy conjurado por una actividad y por triunfos cuya grandeza ha venido á probar la Exposicion Universal.

Además de M. de Montagnac, de quien nada tengo ya que decir hoy, además de MM. Berteche y Chesnon que acabo de nombrar, MM. Labrousse hermanos nos muestran un género especial y nuevas combinaciones. Han sacado un excelente partido del alpagá. Tambien se deben elogios á M. Borderel por el arte superior con que confecciona las telas negras labradas.

¡La novedad! tal es el verdadero teatro del movimiento industrial. Sedan conserva su especialidad en cuanto á los artículos finos. Segun noticias que nos merecen entera confianza, el precio, por término medio, del género de novedad, no baja de 17 á 18 frs. el metro. En la pañería propiamente dicha, aunque los géneros finos sean siempre el mas bello florón de la corona local, el término medio de los precios es mas reducido, porque se confecciona una masa importante de paño de calidades ordinarias; esos precios, en su término medio, no suben de 14 frs.

Difícilmente puede uno formarse una idea de las transformaciones que han sufrido los precios de los paños de Sedan en los últimos cuarenta años. Los paños que en tiempo del Imperio y á principios de la Restauracion se vendían de 70 á 80 frs. se dan hoy á 28 ó 30. El jurado de la Exposicion de 1866 al consignar el vuelo que acababa de tomar en Francia la fabricacion de paños, despues de la revolucion, señaló como una especie de tristeza la estrema carestía de ellos. Hace unos veinte años, en 1834, se vendían aun á 30 frs. los paños que se dan hoy al comercio á 22. No nos atreveríamos á decir, al menos en lo concerniente á los antiguos paños de 70 á 80 frs. que la calidad haya permanecido la misma bajo todos aspectos; pero de todos modos la diferencia, si es que la hay, es insensible. Esa mejora rápida y notable proviene de nuevas combinaciones en el empleo de las lanas, de una fabricacion perfeccionada y de algunas otras circunstancias accesorias.

El consumo francés, con raras excepciones, no emplea ya hoy paños de un precio superior á 22 ó 24 frs.

el metro en fábrica. Estos son unos límites que nunca atraviesan, verbigracia, los sastres de Paris, y aun solo en las casas de primer orden se hallan paños de este coste.

Pasando de la galería de los expositores sedanés á la galería vecina reservada á la ciudad de Elbeuf pudimos desde luego convencernos de que el término medio de los precios, en lo concerniente á la novedad baja de un modo notable. Sabido es que las telas de novedad forman la vasta arena de la fabricacion de Elbeuf. Apenas puede calcularse sobre esa plaza, la produccion del paño propiamente dicho en una cuarta parte de la produccion total; la novedad absorbe lo restante. Como muchas casas buscan la baratura, el término medio de los precios no sube de 14 frs. en vez de llegar á 17 como en Sedan. En cuanto al paño la diferencia entre ambos pueblos es mucho mas débil y casi insignificante porque las fábricas de Elbeuf producen con preferencia las calidades superiores.

La vida industrial de esta última ciudad, el faro donde se alimenta la actividad de la fabricacion, tiene por principal el género de novedad, de modo que es fácil comprender cuan vivas y ardientes deben ser las necesidades de la concurrencia. La novedad erige el cambio en sistema: cada uno trata de descubrir algunas combinaciones desconocidas. La competencia entre las casas rivales es tan fuerte, tan incansable, que es preciso, digámoslo así, que los fabricantes se despierten cada mañana con una idea nueva. No hay tiempo para estacionarse en un artículo, nadie puede dormirse en sus laureles. ¿Se ve que ciertas disposiciones gustan en el público? Es menester explotarlas rápidamente mientras se piensa en hallar otras; á la menor incertidumbre el fabricante se queda rezagado con artículos viejos y abandonados.

La fabricacion de Elbeuf sufre en el mas alto grado el imperio de la moda y las variaciones incesantes del gusto público. Si me atreviese á emplear en esta materia una expresion de Montaigne diria que su fisonomía es *profundamente diversa y cambiante*. Ya hemos tenido ocasion de observarlo en sus escaparates del palacio de la Industria. ¡Qué variedad de dibujos! ¡Cuántas composiciones diferentes! Algunas habia del mejor gusto; pero otras eran del carácter mas excéntrico. Allí se reconocia una superabundancia de inspiracion que no siempre supo imponerse un freno saludable.

Mas de un error podríamos señalar pues, si tomáramos la defensa del buen gusto, pero hay una consideracion que contiene nuestra crítica. Esos artículos extraños, esos dibujos estrambóticos son pedidos por el comercio, y aun á veces son ellos los que encuentran fuera de Francia una salida mas fácil y segura. Ahora bien, una de las causas que mas han entorpecido el vuelo de las exportaciones francesas en general, es precisamente que los manufactureros no han sabido acomodarse á las exigencias del gusto en los diferentes países del mundo, no han sabido tomar bien en cuenta las diversidades existentes en tal ó cual mercado. Es de la mayor importancia para el productor el fabricar el género que mas conviene á los consumidores á quienes destina sus productos. Los ingleses que poseen en alto grado el arte de vender sus artículos han dado siempre una importancia extraordinaria á los buenos informes sobre los gustos y los hábitos de los países con los que están en relaciones de comercio, y tienen buen cuidado de apropiarse su fabricacion á esos gustos, lo cual les ha valido triunfos incomparables.

Los fabricantes de todos los pueblos deben seguir este ejemplo. Seria temerario juzgar definitivamente del gusto de una fabricacion por tales ó cuales muestras que le disponen las conveniencias del comercio. Por lo demás, no hay motivo para asustarse de esa incesante aspiracion hácia lo nuevo con tal de que siempre quede un ancho espacio para los artículos de un gusto perfecto.

En esa carrera de la novedad donde cada cual se lanza con una especie de impaciencia febril, en esa pelea donde las filas se hallan tan compactas, tendríamos que relatar un crecido número de nombres propios si quisiéramos consignar aquí los de todos los fabricantes que se distinguen por un mérito real. Así pues, nos vemos obligados á contentarnos con unos pocos, los que mejor puedan servir para caracterizar la fabricacion misma.

Despues de haber hablado el otro dia de M. Chenneviere, principiare hoy por M. Flavigny. Su fabricacion siempre esmerada se hace notar aun por varios géneros nuevos. En cuanto á innovacion llamaron particularmente las miradas unos dibujos tejidos con la misma tela en artículos destinados á capas de señora. El empleo de las telas gruesas de Elbeuf para capas data ya de algunos años, pero hasta aquí solo se empleaban las telas sencillas que se adornaban con bordados de terciopelo ó pasamanería. M. Ch. Flavigny ha encontrado el medio de incorporar el dibujo en la tela misma á pesar de los contornos que exige la forma de las capas.

La fábrica de M. Flavigny nos ofrece la ocasion de señalar un hecho bastante raro en Francia, y que se reproduce por el contrario, frecuentemente en las ciudades manufactureras de la Gran Bretaña. Quiero hablar del ejercicio tradicional de una industria en una misma familia. En Inglaterra el hijo sucede comunmente al padre, la tradicion se perpetúa de generacion en generacion, mientras en Francia muy á menudo los jefes de fábricas dirigen los esfuerzos de sus hijos hácia carreras diametralmente opuestas á las que ellos siguieron, privándoles así de las ventajas de un camino labrado y de una reputacion hecha.

Por otra parte, los establecimientos industriales que

paran á manos nuevas pierden casi siempre una parte de su energía, de sus medios de accion. Unas veces soportan bajo una forma ú otra, los gastos del aprendizaje de su nuevo amo, otras ven disminuir la suma de los capitales empeñados en las operaciones, ó bien tienen que buscarlos á mucha costa. Bajo el punto de vista industrial y sin entrar aquí en otras consideraciones que no carecian de importancia, hay pues un interés visible en que las explotaciones manufactureras se conserven en las familias como una herencia. Tal ha sido el destino de la fábrica de M. Flavigny, que fundada en 1672 no ha salido nunca desde esa época ya remota de las manos de la misma familia. Nos ha parecido útil señalar este ejemplo.

La exposicion de las novedades de Elbeuf puso en relieve á otros fabricantes muy distinguidos entre los cuales citaré á M. Lefort-Vauquelin, MM. Demar y compañía por el gusto excelente de sus artículos y por su fabricacion inimitable; M. J. Lambert por sus telas para trajes de señora, M. Lesage-Maille por sus tejidos baratos, y por último, MM. V. Barbier, Bruyant-Desplanques, Touzé, y Osmont-Leroux.

El grupo de los paños propiamente dichos, ménos abundante en las galerías de Elbeuf que el de los fabricantes de novedades, encierra algunas casas hábiles cuyos productos tienen mucha boga. MM. Dumor-Masson, Charry y Lafendel, Bellest, se presentan en primera línea, pero dejando aun detrás de sí muchas casas recomendables.

Louviers, cuyo nombre ocupa un punto eminente en la historia de la industria de paños, la rival de Elbeuf, pero hoy rival vencida, expuso tambien paños y artículos de novedades. La fabricacion de las telas de este último género á precio bajo, estaba representada por M. D. Chenneviere y tambien hasta cierto punto por M. Talbot. Los artículos mas notables en paños y en género de novedad, llamaron nuestra atencion sobre la casa Dannet y compañía, y sobre las fábricas de M. Marcel y Renaud y F. Jourdain hijo.

Pudimos detenernos un momento ante el escaparate de M. Jourdain, pues él reasumia para nosotros una larga tradicion de laudables esfuerzos. M. Jourdain padre, hoy retirado de los negocios, es uno de los hombres que han hecho mas servicios á la industria de los paños en ese país. Su nombre y el de M. V. Grandin de Elbeuf, han estado reunidos mucho tiempo. Estos dos fabricantes representan con exactitud las tendencias tan distintas de ese punto fabril.

En tanto que Louviers ha perdido mucho de su antiguo brillo enfrente de Elbeuf cuyo mercado se ha hecho tan rico en recursos, otra ciudad normanda, Vire, ha subido considerablemente en la escala de la fabricacion durante los últimos años. Desde la exposicion de 1849 los progresos realizados transforman el aspecto de esa fábrica. La industria de los paños reinaba casi sola en toda la línea de sus muestras en los Campos-Eliseos, pero reinaba con caracteres notables, bajo el punto de vista de la calidad y de la baratura de los productos. M. A. Lenormand ha sabido elevarse por sí mismo de una modesta posicion hasta el rango de jefe de un grande establecimiento que dirige con una habilidad incontestable y un buen éxito creciente. La casa Juhel Desmares es otra de las principales de la localidad, y cuya exposicion merece señalarse porque suministraba tambien los medios de darse cuenta de los perfeccionamientos realizados en el seno de la fabricacion de Vire.

Quisiéramos poder nombrar á todos los expositores de ese punto que se hallan sin duda en posesion de establecimientos tan extensos como los de MM. Lenormand y Desmares, pero nos contentaríamos con reconocer en todos una fabricacion cuidada, concienzuda y que asegura la prosperidad de esa plaza industrial cuyo papel consiste á lo que parece en hacer concurrencia á Elbeuf en los paños de calidad ordinaria.

El trabajo de Lisieux no ofrece muchas afinidades con el de Vire; se aplica en general á tejidos mas gruesos, artículos de pelo en el género de los muletines; no es susceptible de tomar tanta extension en el comercio como los artículos lisos de Vire, y se despacha principalmente en las costas francesas de Bretaña y de Normandía. Las muestras de la Exposicion estaban bien fabricadas y con buena materia.

Esa region del Norte de la Francia se hallaba además representada en la exposicion de los paños por una manufactura aislada en una ciudad poco industrial donde se halla enteramente entregada á sí misma y tiene que abrazar todas las operaciones, divididas ordinariamente, propias de la confeccion de los paños. Quiero hablar de la antigua manufactura real de Abbeville, fundada en el siglo XVII bajo el patrocinio de Colbert. La antigüedad de este establecimiento, la perfeccion sostenida de sus productos, la habilidad con que se halla hoy dirigida por M. Randoing individuo del jurado internacional, recomendaban sus muestras á nuestra atencion en las que, si no hemos distinguido de esos géneros nuevos que sorprenden la vista, hemos hallado al ménos todas las condiciones de su trabajo esmerado: la belleza del tejido, la solidez de los colores, la variedad de las combinaciones.

Al Este de la Francia el pueblecillo de Bischwiller, se ha consagrado á una fabricacion enteramente distinta de las que nos ofrecieron las galerías ya reconocidas. El ramo mas importante del trabajo local consiste en la produccion de paños ligeros llamados *pañós zéfiros* que se destinan principalmente á las señoras.

No es en Bischwiller, sino en Estrasburgo donde parece que se ha concebido este trabajo en la fábrica de M. Dietsch, situada en Robertsau y que existe desde

hace 60 años. M. Dietsch que figuraba en la Exposición en los estantes de Bischwiller, es el decano del paño zefir, y siempre ha conservado en esa especialidad una situación eminente. Sus muestras han sido admiradas. Sus productos se distinguen por la excelente calidad de las lanas empleadas y por el arte con que las trabaja.

Un manufacturero de Bischwiller, M. Kuntzer, á quien el jurado de 1849 concedió una medalla de oro, ha contribuido poderosamente desde el origen al desarrollo de la fabricación de los paños ligeros. Las casas R.—P. Bertrand, Røederer, Blin padre é hijo y otras varias de Bischwiller se recomiendan por el atrevimiento de su espíritu industrial y por la importancia de sus negocios.

La ventaja mas notable de esa localidad estriba en la baratura de sus artículos. Ninguna otra fábrica podría luchar contra esa especialidad de la industriosa Alsacia. El término medio de los precios no excede de 8 francos para las telas de 3/4. A veces habia tentaciones de quejarse por la baratura de esos productos; pues los paños no pueden adelgazarse hasta lo infinito por mas que lleven el nombre de zefiros. Hay límites en todas las cosas. La fábrica de Bischwiller ha llegado á mi juicio, al punto extremo, y sería funesto que adelantase mas en esa via.

EL MONTERO.

NOVELA DOMINICANA.

(Continuacion.)

Los primeros crepúsculos de la noche habian invadido el horizonte, cuando la pequeña caravana en gran completo se hallaba reunida en el lugar de la cita. Los hombres cargaban sus pistolas, las mujeres entre las que habia algunas con niños de teta por delante, se arreglaban la gorra, el pañuelo, los pliegues del vestido con esa minuciosidad é imponderable gracia que toda hija de Eva pone al presentarse como blanco de muchas miradas.

— Compadre Feliciano, dijo Tomás, darémos la pavoneada ó nos vamos directamente á la posada.

— La pavoneada, compadre, un desposorio cual este debe enseñarse en todas las calles. Oid, señores, continuó dirigiéndose á todos, preciso es arreglarnos para la pavoneada.

Los hombres se dirigieron en dos filas y las mujeres en peloton compacto.

La pavoneada es un paseo que por dos ó tres calles da un desposorio para enseñarse; la pavoneada, como bien dice su nombre, es pues muy semejante á la rueda que hace el pavo, cuando abriendo la cola y contoneándose, alarga el moco é irgue el cuello, á la verdad nombre mas exacto no se verá, puesto que lo que muestran los mas de estos desposorios se parece poco mas ó menos á lo que exhibe el pavo.

La comitiva se habia puesto en marcha otra vez, y el compadre Feliciano que la capitaneaba iba tan embebido en arreglar los muelles roídos de orin de una de sus pistolas que se habia descompuesto, que no reparó á su caballo bajar por un barranco de la Quebrada Grande, en cuyas fangosas aguas no dilató en caer, quedando enlodado de arriba abajo. Este accidente causó la risa de toda la compañía, y Feliciano creyendo que se hacia burla de él, empezó á jurar, pero Tomás lo apaciguó y tornaron á andar entrando en el pueblo ántes de anochecer, en el mismo orden de fila y peloton.

Una cabalgata es en todas las poblaciones pequeñas un motivo de curiosidad, aunque á decir verdad pocas cosas dejan de ser curiosas en este mundo, donde cualquier futilidad presta campo, tanto al que la ve superficialmente, como al moralista ó filósofo que la examina desnuda y analiza ya remontando, ya bajando á su origen y efectos. Nuestra cabalgata no se le podia atribuir otro origen, solo la vanidad de mostrarse á ocasion de un matrimonio, y si un filósofo disecándola de la alegría que en todos los rostros rebosaba hubiera profundizado hasta el remate, sus cálculos tal vez no se hubieran concluido en las dulzuras y pesares del himeneo; la compañera tal vez dulce y amable, tal vez agria y tormentosa pasada la luna de miel, los cuarenta mil y pico de gritos, sollozos y mimerías de la prole, las ingratitudes, disputas de los hijos grandes, etc., y quien sabe hasta donde hubiera llegado en esta progresion matemática, sordo á la voz de su razon que interiormente debía gritarle: — Tanta vanidad hay en tí calculando esas probabilidades, como en esos que dan la pavoneada por solo enseñarse.

Todo el pueblo salió á las puertas en cuanto resonó la salva de entrada para ver á los novios, pero como el objeto del paseo era puramente mostrar la andadura de sus caballos y la gracia de los ginetes, en cuanto al parecer lo hubieron logrado, fueron á desmontarse sin mas averiguacion en la casa de un amigo del padrino que se habia escogitado por posada.

Amaneció el dia siguiente y concluidas las ceremonias de uso, nuestros casados salieron de la iglesia. Al entrar en la casa, donde ya un copioso desayuno los aguardaba, todos los del acompañamiento repitieron la salva y unos hubo tan acalorados por el humo, el ruido y sendos fragos que habian envasado, que tuvieron por galantería disparar debajo de la mesa sus pistolas, que

á ser disparadas en medio de damas de nervios delicados, á muchas hubiera sido necesario hacer respirar doble agua de Colonia; peripeicia fué esta que no tuvo lugar entre nuestras campechanas acostumbradas á golpes mas rudos para conmoverse y por esto á poco rato la cabalgata salía del pueblo en la misma forma que cuando la entrada.

No todo el acompañamiento iba firme en los estribos, pero no hubo accidente desgraciado que deplorar en la jornada que tuvo fin en los Hernandez donde hizo noche en casa de dos monteros amigos de Feliciano.

Los primeros rayos del sol en una mañana apacible sorprendieron á nuestra gente desembocando en la dilatada playa de Matanzas. Era un bello espectáculo ver este grupo, verdadero tipo de los monteros en disposición de divertirse, serpenteando al galope en los mil recodos de esa inmensa ensenada; ver á los hombres encaminar los indóciles brutos por medio de la ola que espiraba á sus piés; ver las catorce leguas de la bahía alumbrada por ese sol de las regiones intertropicales; ver por fin las ya cercanas, las ya lejanas elevaciones líquidas, que uniéndose y renovándose continuamente, al estrellarse en la orilla hacia aparecer una franja perpetua de blanca y bullente espuma.

— Atencion, caballeros, es preciso detenernos aquí á cargar las armas, dijo Feliciano viendo ya cerca la casa de su compadre, alcanzo á ver mucha gente que nos aguarda en la puerta, y es preciso mostrar que entramos como hombres á quienes no hace falta la pólvora, cuando acompañamos á los amigos en ocasiones como esta.

Todos cargaron, ménos quien lo hacia hacer, porque su pistola acababa de perder de puro gastado el tornillo que sujetaba el cañon á la carcomida caja; sin embargo, para no quedar avergonzado de esto que él llamaba desgracia en tan excelente arma, la empuñó de manera que no se desprendieran las dos partes. A la descarga general que se hizo al poner pié á tierra, Feliciano arrojó con disimulo á diez pasos el cañon y quedó con la caja en la mano diciendo:

— Aviso para los que cargan demasiado sus pistolas, la mia llena hasta la boca por poco me mata, el cañon voló con la fuerza del tiro, vean, fué á parar á diez pasos.

Todos lo creyeron y todos se admiraron, y él con la mayor sangre fría recogió su cañon, mientras tanto Teresa abrazaba con efusion la hija de quien pronto iba á quedar separada, y los convidados entraban en el bohío.

VIII.

La sala de este presentaba un aspecto muy diferente del que ántes describimos. La misma rusticidad de construccion, pero con todas las mejoras y atavíos que el lugar podia dar. El suelo ántes quebrado, irregular y seco, estaba liso, húmedo y cubierto con una capa de menuda arena. La pirámide de jigueras, las calabazas y bateas habian desaparecido, y en su lugar estaban colocadas sólidas y bajas barbaconas que servian de bancos al acompañamiento. En medio de la sala cuatro mesas de otros tantos vecinos se alineaban cubiertas de blancos manteles y sobre ellas se ordenaban hileras de platos, interrumpidas de tres en tres por una cuchara y un tenedor de plata ó de acero; el cuchillo siendo mueble inútil porque cada cual carga siempre uno para servirse, estaba escusado. En resolución todo anunciaba que se iba á servir una comida si no exquisita, á lo ménos abundante y en armonía con los robustos estómagos que la iban á digerir.

Probábalo además la perspectiva interior de la cocina, donde acababa de darse la última mano á los guisados por un ejambre de pobres monteras transformadas en cocineras, pero á quienes este oficio no privaba de participar á todos los regocijos de la fiesta. En medio de ella descollaba el lechon del compadre Feliciano, grueso animal que podia pretender mejor el título de jabalí por su tamaño que el modesto con que su propietario lo revistió. El viejo anunciado para guisarlo, anciano de perpetuas soletas, daba vueltas al asador de guayabo en que estaba espetado, descansando sobre dos horquetas del mismo palo al ardiente calor de un montón de brasas encendidas. La grasa chirriaba al caer en las ascuas y el pellejo habia adquirido ese color dorado que prueba tanto lo bien cocido como lo esponjoso y delicado. La batería de ollas y calderas en que andaban las ya dichas cocineras, despedian el humo de diferentes manjares. Aquí una enorme cazuela hervia aun despues de ajeada con el sabroso sancocho. Allí una gran caldera recibia el negro y aromático licor que tan agradable es despues de comer. Acullá en una hornalla, especie de hornete descubierto, se veia un semicírculo de plátanos medio maduros, ya tostados y cocidos por el calor de las paredes donde yacian. El cazabe que hacia un peon en un burin ayudado de su paletilla y de la concha de tortuga, el arroz, las gallinas ya adobadas, todo en fin denotaba el principio del banquete.

La mesa se cubre de manjares, el lechon es trinchado en una yagua verde y fresca, y los convidados se sientan al rededor de la mesa colocando á la cabeza los novios, padres y padrinos; pronto al silencio que guardan personas que satisfacen el hambre, sucedió la bulla y la algazara. Los vasos son chocados con brío, las botellas circulan con velocidad en medio de las risotadas y rudos cumplimientos, entre los que sobresalen algunos muy directos, son dirigidos á los recién casados.

Despues del banquete cada uno trata de asegurar, si no lo ha hecho ántes, un buen pasto á su caballo; esto

fué tambien lo que hicieron nuestros convidados echando sueltas á los suyos en medio de la abundante yerba que en el cercado habia.

Siendo ya tarde, los ordenadores de la fiesta, Feliciano y Tomás, organizaron el fandango con que se debia dar fin muy entrada la noche á la funcion. La llegada de los músicos requeridos de antemano facilitó la ejecucion, y á las cuatro de la tarde ya estaba en pié con dos cuatros, un doce, un tiple, tres güiras y una tambora.

Todo iba á las mil maravillas; eran las once de la noche, se habian bailado algunos sarambos y guarapos y se estaba castañeando en las ondulaciones de un fandanguillo, cuando en medio de las bambas se oyó un sonido ronco cual el gruñido del puerco y el balido del ovejo con esta modulacion brrrrum, y en medio del grupo de cantores, músicos y bailarines, apareció la figura bien conocida de Juan.

— ¿Quién roncó ahí? saltó la voz de Feliciano, al cual no se le escapó la intencion hostil de que estaba impregnada. Pregunto á todos, señores, dijo abriéndose paso en medio de los bailarines, porque nuestra diversion no es para armar quimeras, solo para celebrar el matrimonio de mis ahijados y debémos procurar que concluya en paz.

— Viejo Ciano, dijo el recién llegado, quien roncaba era yo, y si lo hice fué porque me dió la gana.

— ¿Qué es eso? dijo asomándose Tomás por entre el grupo, basta, Juan, continuó conociendo la causa del alboroto, lo que hiciste te lo he perdonado y esperaba no volver á verte, pero ten en cuenta que hay otras personas á quien ofendistes que no son tan cristianas como yo, y que viéndote recordarán lo pasado, recuerdo que no será grato y...

— ¿Qué hay? ¿qué hay? dijo Manuel acercándose tambien. ¡Ah! es Juan... mi sable... mi sable.

— Señores, ¡por Dios! gritó Feliciano dirigiéndose á todos los concurrentes que solícitos andaban por los rincones buscando sus armas, señores, que todo se apacigüe.

Súplica inútil, la zambra se habia armado, las mujeres corrian despavoridas al aposento, su refugio en estos casos, y los hombres empezaron á tirarse tajos y reveses tan multiplicados, que solo se oia el choque del hierro contra el hierro, las velas caian tronchadas al suelo y pisoteadas se apagaban; la sala en este estado, los combatientes se dirigian y asestaban medio á oscuras todos los golpes. Feliciano no halló su sable, pero arrinconado á uno de los ángulos de la sala, se guarecia de los sablazos con un banco; los músicos encaramados en sus asientos, veian sus güiras y sus cuatros volar en astillas, y en medio de toda la gresca cada uno vomitaba los juramentos ó exclamaciones que mas habituales le eran.

Manuel abrazado estrechamente por María se desesperaba al ver á Juan tirando tajos y reveses á diestra y siniestra; pesábale á nuestro jóven novio no ser él que estuviera mediándose con el antiguo peon para vengar la herida recibida tiempo atrás, forcejaba por desasirse de ella y los miramientos que ponía al ejecutarlo se lo estorbaba, hasta que un nuevo incidente ocurrido en la pelea le hizo exclamar:

— María, déjame, mira que es tu padre que se mide con Juan.

A esta palabra la jóven dejó caer los brazos y Manuel pudo escaparse. Pero era tarde, aun no habia dado dos pasos, cuando un hombre rodó por el suelo acogotado.

Era Tomás.

Cual un enjambre de ranas que á un brusco estruendo cesan en sus graznidos, se escabullen en sus escondrijos y se sepultan en el mas profundo silencio, así nuestros contendientes cesaron su pelea y cayeron en el mas profundo estupor, no solo al reparar el resultado de la pelea, sino la persona que habia caido.

Mas este silencio fué de corta duracion y le sucedió pronto el tumulto de la reunion que en masa queria ayudar á Manuel que levantaba el cuerpo de Tomás.

María, Teresa, y con las mujeres escondidas en el aposento, no podian juzgar lo que pasaba; sin embargo, el extraño silencio que sucedió les hizo suponer algun accidente desgraciado y se determinaron á salir; mas ¡qué espectáculo vino á herir la vista de entrambas á la vacilante llama de la única vela que quedaba! el cuerpo exánime de un padre y esposo tan querido, cargado por los monteros. Cogidas así improvisamente por tal desgracia, arrojaron gritos dolorosos y vinieron á caer sin sentido junto al cuerpo del criador.

— ¡Qué linda noche de bodas tienen nuestros amigos, dijo un vecino de Feliciano, mientras Manuel acomodaba el cuerpo expirante de su suegro en una cama, y qué golpe tan cruel hiere esta familia en el momento que creia ser tan feliz!

— Por mi parte, dijo otro que al lado se hallaba y era jóven y soltero, soy de opinion de suprimir el fandango el dia que me pase por el magin casarme.

— ¡Qué demonios! replicó el primero, ¿cree Vd. que estas desgracias estén anejas al fandango? entónces cada fandango supondria un homicidio.

— No lo digo por tanto, repuso el segundo, pero mi parecer es que en cada fandango hay camorra, y apostaria mi cabeza que si la fiesta hubiese concluido en el almuerzo, no estarian ahora la pobre Teresa, Manuel y María llorando al pié de aquella cama.

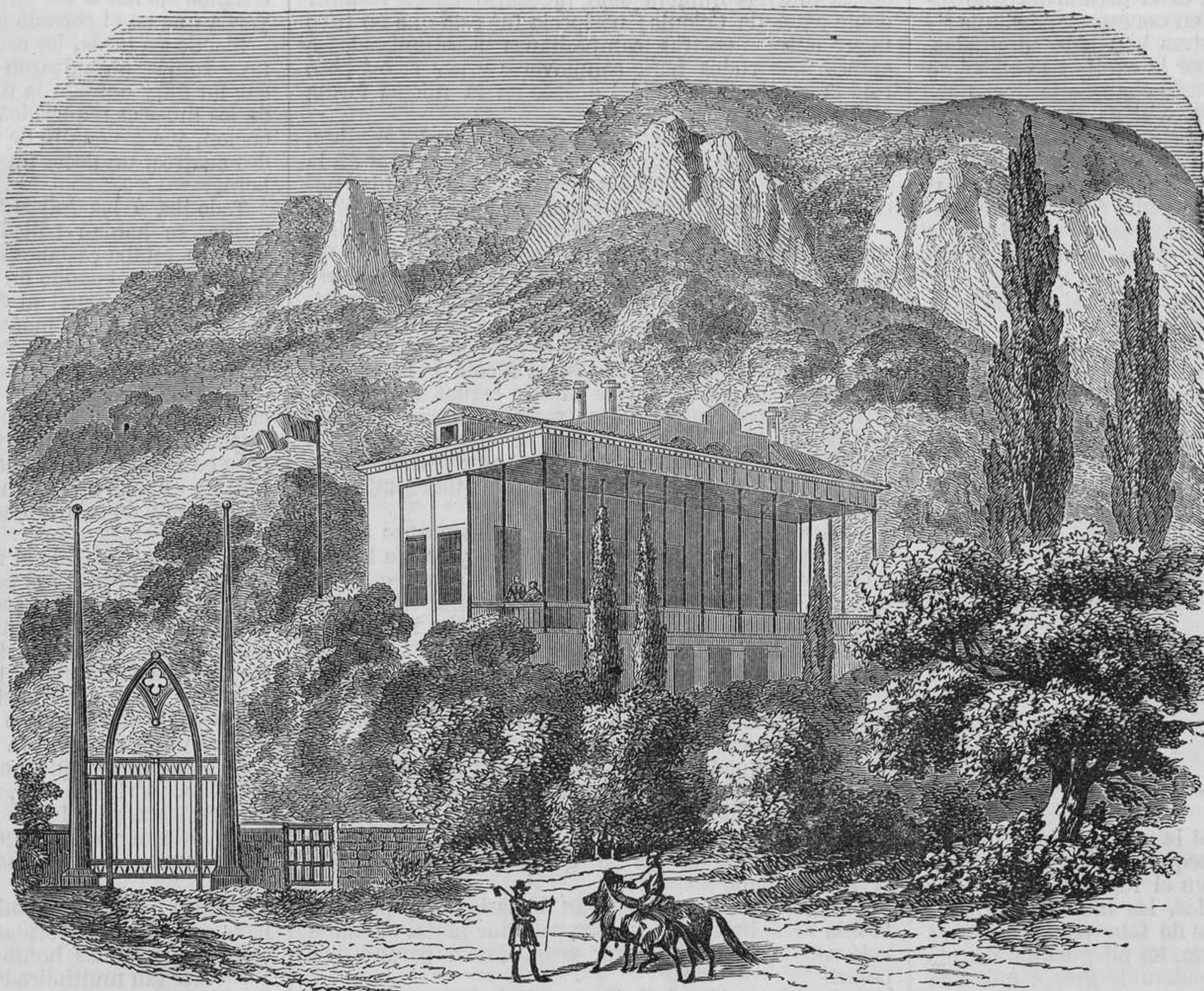
PEDRO FRANCISCO BONNEAU.

(Se continuará.)

Posesion del conde Woronzof, cerca de Yursuf (Crimea.)

Después de la paz de 1815, el emperador Alejandro decidió que se concederian dos fanegas y media de tierra en la costa meridional de la Crimea á todos los rusos ó extranjeros que se comprometiesen á plantar viñas en un espacio de tres años, y una porcion de particulares pidieron y obtuvieron estas concesiones de terrenos; pero muchos de ellos no pudieron llenar la condicion impuesta en razon de los adelantos considerables de fondos que esta empresa exigia, en efecto, para desmontar esas tierras y llevar á ellas cepas de la Bourgogne ó de Burdeos, era preciso gastar como unos dos mil pesos por cada fanega de tierra.

Como el proyecto del emperador no alcanzó el resultado apetecido, los altos personajes de la corte y los funcionarios de Odessa se dividieron las mejores partes de ese hermoso país, cuyos vinos de Catcha, de Alma, de Sudak, de Coos y de otros valles, muy luego cobraron fama entre los rusos. En su calidad de gobernador general de la Taurida, el conde Woronzof no fué el que se llevó la peor parte, y sus grandes riquezas le permitieron construir caminos, establecer el cultivo en grande y construir á fuerza de dinero habitaciones sobre el territorio que le habia tocado. La residencia casi régia que posee cerca de la aldea de Yursuf se halla situada

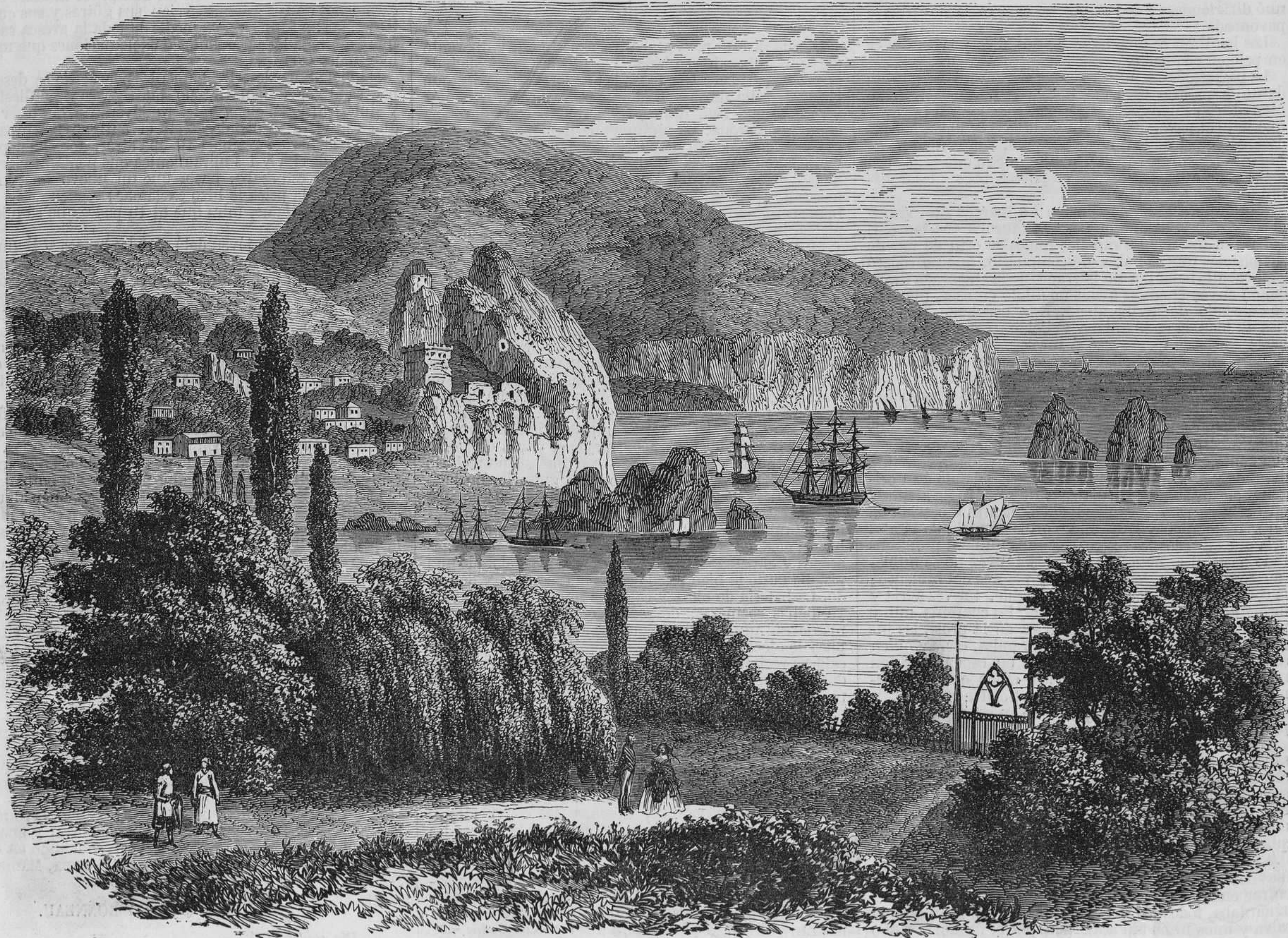
Posesion del conde Woronzof, cerca de la aldea de Yursuf (costa meridional de la Crimea).²

á cuatro kilómetros de Yalta. El parque que la rodea presenta un admirable laberinto de rocas trabajadas

tierra privilegiada que llaman con razon; *La Italia rusa*.

y una variedad de accidentes tan pintorescos como extraordinarios. El arte no ha hecho mas que trazar senderos y calles por entre las peñas volcánicas y adornar con planteles de flores el borde de las cascadas. En la excavacion de una roca se halla una gruta profunda que sirve de lugar de descanso á los paseantes; en ella se encuentra una fuente sencilla sonora; á la extremidad oriental de la posesion se eleva un bosque de cipreses. Desde esa morada, tan elegante como graciosa, de un estilo medio turco y medio tártaro, se disfruta de la admirable vista de un mar inmenso que se confunde con el cielo. A la izquierda se distinguen las ruinas de la antigua *Ursova* sobre una roca aislada en el mar, detrás de la cual se eleva en el horizonte la montaña *Abut-Chta*.

Al otro lado cerca del cabo Redondo, se halla *Partenita*, ciudad floreciente en otro tiempo; y mas allá está *Lambata*, preponderante tambien en otro tiempo, cuyo puerto presenta aun las señales de un horrible terremoto; en el fondo de este cuadro, detrás de Yursuf se destacan altas montañas que preservan al país de los vientos helados del Norte, convirtiéndole en una



Montaña de Abut-Chta y aldea de Yursuf, vista tomada del parque de la posesion del conde Woronzof.

La casa de Marco Lucrecio en Pompeya.

Herculano corresponde á todo lo que puede prometerse el viajero; el mundo de los sueños no tiene nada mas fantástico que esa realidad. Allí todo es misterioso, inesperado; esa escalera de caracol cortada en los flancos del volcan, y que parece hundirse en las entrañas de la tierra; el guia que precede con la tea humeante; esos reflejos rojizos ó azulados que inflaman las paredes lívidas de esas catacumbas; esas ruinas colosales que se alzan en el fondo de un golfo, todo conmueve, sorprende, encanta la imaginacion y los sentidos. Se ve en efecto, una ciudad muerta; ahí está un esqueleto descarnado, su tumba, su mortaja. Las tinieblas, el silencio y el frio de la muerte la rodean.

Con Pompeya sucede otra cosa: se llega á ella en camino de hierro, y se baja en la fonda de *Bellavista*. Pompeya está en la superficie de la tierra y al aire libre; la verdura de los árboles la rodea como una guirnalda, su aspecto no tiene nada de sombrío ni de triste, y si esas casas tuvieran techos se podría creer que están habitadas todavía. El aire y la luz circulan por todas partes; esos escombros seculares brillan con los colores de la vida, de todas las calles y las plazas se distingue el magnífico panorama de ese paraíso terrestre, con su Vesubio escondido en el horizonte como una boca de infierno abierta cerca del Eden. Por mas que uno sepa que está hollando el teatro de una de las catástrofes mas terribles de la historia, es imposible abandonarse á las reflexiones melancólicas que sugiere tan trágico suceso. Y para acabar de ahuyentar del espíritu todo pensamiento sombrío, hé aqui una porcion de jóvenes que vienen con la sonrisa en la boca y sus ramilletes de flores en la mano; hé aqui un guitarrista que sale de algun pórtico con su instrumento y os acompaña hasta los arcos del anfiteatro cantando las coplillas del lazaróni enamorado:

Tant' è cara, tant' è bella
Con la faccia tonda e fina !..
Si chiamà Carolina;
Ah! che zuccherò ch' ell' è!

(¡Es tan bella, con su carita redonda y graciosa! Se llama Carolina... ¡Ah! ¡es un azúcar!) Sin embargo, esa mezcla singular de la vida con la

muerte, de la actualidad con lo antiguo, no carece de encanto y á veces produce contraste del efecto mas poético. Y aun cuando Pompeya no ofreciera otro espectáculo seria bastante para merecer la atención de todo viajero sentimental; pero hay además el lado arqueológico y artístico que siempre hará acudir allí á todos los eruditos del globo. No hablo de los artistas, pues lo que puede interesarles mas de los despojos de Pompeya se encuentra no en Pompeya, sino en el museo de Nápo-

les, donde están depositadas las estatuas, las pinturas, los jarrones á medida que se extraen de las escorias que les envuelven hace diez y ocho siglos. En Pompeya solo dejan las paredes desnudas, de modo que puede asegurarse que la mano del hombre ha devastado esa ciudad y no el fuego del Vesubio.

La ruina mas importante que se haya visto en estos últimos tiempos es sin duda la construcción que llaman *Casa de Marco Lucrecio*. En cuanto han sido colocados en el museo de los Studi los magníficos frescos que la adornaban, nos hemos apresurado á copiarlos por los dibujos de M. Abbate, y los reproducimos aquí con una descripción tomada de la obra de M. MINERVINI titulada: *Le case e i monumenti di Pompei*.

La casa de Marco Lucrecio se compone de un cuerpo avanzado con cinco divisiones, á saber: tres tiendas donde el propietario hacia vender los productos de sus campos, una entrada ó *thyrorion* y un cuarto de portero paralelo al *thyrorion*. La entrada conduce al *atrium* en medio del cual se halla el *impluvium* ó aljibe cuadrado donde se recogía el agua llovediza. A los lados hay cuatro cuartos para los huéspedes y los amigos de Marco Lucrecio; cerca del ángulo se elevan el altar consagrado á los dioses domésticos. Mas allá del *impluvium* enfrente del *thyrorion*, está el *tablinum*, esto es, la pieza donde se conservaban los archivos de la familia; á su derecha está el salon, y á la izquierda un pasaje que conduce al jardín formando la segunda parte de la casa y sobre el cual se abre el *trichinium* ó comedor.

Mas allá del jardín hay diferentes piezas para los amos de la casa y los esclavos, que tenían una salida particular por otro *atrium* y otro *thyrorion*, con tiendas como el primero. Las cocinas y sus dependencias completan la distribución de la casa.

Cada pieza importante se hallaba adornada de pinturas relativas á su destino ó á la profesión ó trabajos del dueño.

Las dos paredes del comedor están pintadas de fondo azul, sobre un zócalo contiguo de figuras rectilíneas de colores variados. El fondo se halla dividido en compartimientos, y cada uno de ellos encierra un cuadro. Está Ceres en el momento en que sabe el rapto de su hija Proserpina; una bacante con un salterio en una mano y un tirso en la otra, y por último un grupo mis-



La educacion de Baco.



Hércules en casa de Onfale.



Trofeo en honor de Baco.

tico, donde M. Minervini reconoce una escena de las orgías de Baco y que se compone de una joven tocando la flauta y de dos iniciados. Este grupo hizo dar á la casa el nombre de *Casa della sonatrice* nombre que los anti-euarios reemplazaron con el que lleva hoy, fundado en el descubrimiento que hicieron en un pasaje de una pintura representando un registro, un tintero y una carta cerrada con este sobre:

M. LVCRITIO FLAM. Mt. TIS DICVRIONI POMPEI.

«A Marco Lucrecio Flamínio de Mars. Decurion,
en Pompeya.»

El atrio se halla enriquecido de pinturas arquitectónicas de un gusto exquisito y de una ejecución esmerada. Sobre un fondo azul se ven trazados edificios fantásticos cuyos detalles todos son de una gracia, de una finura incomparables.

La decoración de las cuatro piezas del atrium no es ménos elegante, pero no nos detendremos en ella, pues queremos llegar pronto al exedro donde se hallaron tres de las pinturas antiguas mas hermosas que hayan llegado hasta nosotros, tres pinturas que por su dibujo y colorido pueden rivalizar con las obras mas perfectas del renacimiento italiano.

Estos cuadros admirables debidos seguramente al pincel de uno de los mejores pintores griegos establecidos en Nápoles representan:

- 1° Una escena de la educacion de Baco;
- 2° Hércules en casa de Onfale;
- 3° Trofeo erigido en honor de las victorias de Baco en la India.

Un carro con un tiro de dos bueyes soberbios ocupa el centro de la primera de estas composiciones. Sobre este carro está sentado el viejo Sileno, coronado de yedra y teniendo encima el niño Baco que juega con las cintas del tirso de su ayo. Delante del carro va guiando los bueyes un joven sátiro desnudo. A la derecha del carro marcha un panisque calvo y barbudo, vestido con una clamide, y llevando al hombro el cayado de los pastores de cuya extremidad cuelga una vasija de vino. A la derecha de Sileno y cerca de las ruedas del carro va una joven cubierta con una larga túnica que alza sus hermosos brazos desnudos para tomar una urna que la entrega otra mujer de pie sobre el vehículo. Al otro lado aparecen las cabezas de cuatro bacantes; la primera toca la doble flauta y la segunda el tamboril. Nada puede imaginarse superior en nobleza y encanto á esta composición, cuyas figuras todas, pero principalmente el Sileno y las dos mujeres que tienen la urna parecen haber salido de la mano de Rafael.

El segundo cuadro representa á Hércules rodeado de Onfale y de su córte. El vencedor de los gigantes se adelanta coronado de yedra y apoyándose por un lado en una larga vara y por el otro en un eunuco lidiense. En la inclinación de su cabeza, en su mirada vaga y en su paso inseguro se reconoce que el dios de la fuerza sufre la influencia poderosa del dios del vino. Un amorcillo que está sobre su hombro izquierdo dirige á su oído los sonidos de una doble flauta como para recordarle que ya no se pertenece, sino que es esclavo de Vénus y de Onfale. A su derecha una bacante toca el tamboril. En el mismo término de Hércules, el artista colocó la noble figura de Onfale que con la frente resplandeciente de gozo parece disfrutar de su victoria. Se apoya en la maza de Hércules desarmado, y este lleva en el cuello y en la caña del pie anillos de cuerda que anuncian su servidumbre. Su carcax caído al suelo yace en un rincón, así como su enorme vaso, cuyo vasta circunferencia quiere medir un amor con sus dos brazos.

Pasemos al trofeo elevado en honor de Baco. En el fondo se ve una panoplia en cuya derredor se agrupan cinco figuras. Primero hay una Victoria alada grabando con un estilo las hazañas del dios sobre un escudo ovalado sostenido por una bacante, luego hay otra bacante que se dispone á colgar un escudo en el trofeo, y detrás de la cual se ve un fauno armado de un tirso. Por último, hay un cautivo sentado sobre un monton de armas y con las manos atadas á la espalda. Esta figura es una de las mas hermosas que he visto, y dudo que el arte moderno haya creado nada mas noble, ni grandioso, ni mejor dibujado y pintado.

L. D.

VALERIANO.

(Continuacion.)

Sin embargo, Valeriano acababa de llegar á la barca, y habia dado una vuelta á nado, pero como no viera ni oyera á nadie, no sabia á qué lado dirigirse, cuando creyó distinguir un objeto que se agitaba en medio de las ondas. Al punto se lanzó hácia él, y halló á Griffon que luchaba contra la corriente tirando con su boca de un vestido que salia de las aguas. Valeriano se apoderó en un instante de la condesa, cuya cabeza sacó á la superficie, y luego confiando á Griffon un brazo por el cual le hizo dejar el vestido, y tomando él el otro se puso á nadar hácia la orilla. En pocas horas, á pesar de las olas y la corriente consiguió salir á tierra con la que acababa de salvar.

La condesa no estaba mas que desmayada. Despues de algunas tentativas inútiles para reanimarla tomó el

partido de trasportarla á un sitio donde pudiese recibir socorros eficaces, y cogiéndola en sus brazos tomó el camino de la Casa-Florida que no se hallaba á mucha distancia. Mas orgulloso aun que cansado con aquella carga, subió con ardor las cuestas escarpadas de la colina, si bien muchas veces la emoción y la fatiga le obligaban á pararse. Entonces se sentaba en una piedra, colocaba suavemente sobre sus rodillas el hermoso cuerpo inanimado de la joven, apoyaba su cabeza en su hombro, y á la vez enternecido, trémulo y embriagado, trataba de reanimarla con sus castas caricias en tanto que Griffon lamia sus manos que colgaban.

Pero en breve haciendo un nuevo esfuerzo proseguia su camino hasta que al cabo de un cuarto de hora llegó á la Casa-Florida jadeante. Sin poder articular una palabra llegó á la sala donde madama Hubert y Eugenia le esperaban con inquietud y dejó á la condesa sobre el sofá.

— ¡Dios mio! exclamó madama Hubert, ¿qué sucede, Valeriano?

El joven habia caído sin aliento sobre un sillón. Eugenia al ver entrar á su primo medio desnudo, trayendo en sus brazos á una mujer que parecia muerta, se habia sentido sobrecogida de un temblor nervioso; pero aunque tan pálida como su primo y tan agitada como su madre, habia tenido fuerzas para contener el grito de terror que estuvo á punto de escaparse de su pecho.

Eugenia se dirigió, pues, al sofá y poniendo la mano sobre el corazon de la condesa, exclamó con un acento de triunfo:

— ¡Vive todavía! Pronto, llevémosla á mi cama. Vamos, madre mia, Valeriano está muy rendido y no puede ayudarnos, además, bastante ha hecho.

Las dos mujeres tomaron efectivamente á la condesa, una de los pies y otra de los hombros; la llevaron al cuarto de Eugenia, y despues de haberla quitado sus ropas mojadas la metieron en la cama. Los criados se levantaron para asistirle. El mismo Valeriano, vuelto en sí de su aniquilamiento, se fué á sentar en un rincón del dormitorio y no quitaba los ojos del rostro de la enferma, cuya palidez lívida, realizada por la sombra de sus cabellos húmedos, parecia unir la calma de la muerte á la hermosura de la vida.

Pronto unos ligeros suspiros principiaron á levantar su pecho; luego sus manos se agitaron y su cabeza se movió sobre la almohada. Por último, abrió los ojos que volvió á cerrar al punto con un movimiento de espanto, y al levantar sus párpados de nuevo tendió en torno de sí una mirada de asombro.

Todo el mundo se habia acereado al lecho en un silencio lleno de emociones. La condesa contempló largo rato á las dos mujeres que velaban á su cabecera como dos ángeles guardianes. Se creia juguete de un sueño. De repente, por un brusco movimiento que hizo como para sacudir su vision, distinguió á Valeriano que inclinado hácia ella seguia con avidez los progresos de su resurrección. Despues de haberle mirado fijamente durante algunos instantes le lanzó súbitamente los brazos al cuello y estrechando su cabeza sobre su pecho se desahizo en un torrente de lágrimas. A la vista de aquel joven medio desnudo, cuyos cabellos estaban empapados todavía, se acordó de todo lo pasado y adivinó lo sucedido. Confundiendo el recuerdo de sus peligros y el sentimiento de su salvacion, lloraba á la vez de terror, de alegría y de reconocimiento.

Mucho trabajo les costó calmarla. Cuando pasó el acceso, madama Hubert temiendo que se repitiera primero por ella y luego por Valeriano cuya agitacion era visible, mandó á esté que fuera á tomar un descanso necesario. El joven obedeció con sentimiento, y dejando en el cuarto de la enferma á Eugenia y á su madre, que debian velar á su cabecera alternativamente, se retiró á su alcoba á pasos lentos.

III.

Durante tres dias la condesa se vió atacada de una calentura ardiente. Sin embargo, el médico que habian enviado á buscar muy de prisa á Saint-Servan, declaró que no corria peligro, y que con unos cuantos dias de reposo se podría restablecer completamente. Sobre todo recomendó mucho cuidado; no se debia irritar en modo alguno su imaginación vivamente impresionada, y dejándola que se calmara se iria curando ella sola.

Estas prescripciones se siguieron religiosamente. Madama Hubert y su hija se sucedieron sin descanso á la cabecera de la enferma y ni un instante la perdieron de vista. La marquesa de Ferray vino todos los dias, despues de haber consagrado el tiempo requerido á los cuidados de su torador y de su almuerzo, y pasaba algunas horas al lado de su sobrina. A la hora de la comida, á pesar de las instancias de madama Hubert, se volvía al Dominio bajo el pretexto de que la delicadeza de su salud la obligaba á seguir cierto régimen de vida, pero en realidad porque preferia á la modesta cocina de la Casa-Florida los platos apetitosos que tenia orden de condimentar la doncella.

Valeriano apenas salia del cuarto de la enferma y ejercia sobre ella una influencia misteriosa: una especie de intuición magnética advertia á la condesa que no estaba él presente, y al punto que habia salido deliraba.

— ¡Salvadme! ¡salvadme! exclamaba con terror; el ángel, ¿dónde está el ángel?

Corrian en busca de Valeriano, y en cuanto entraba de nuevo, ella principiaba á calmarse, gemia interrumpiéndose como los niños, suspiraba y luego venia el

silencio y luego el sueño. La condesa sufría á veces crisis mas violentas en las que era preciso intervenir directamente. Tomando Valeriano sus manos en una de las suyas, la mandaba con un dulce imperio que se durmiera; ella obedecía, pero sin querer soltar la mano del joven, y este que no habria podido recobrar su voluntad sin turbar el reposo de la enferma, solia pasar de este modo horas enteras á su lado con la mirada fija en su rostro.

Pero estas sensaciones que calmaban á la condesa sumergian por el contrario al joven en una turbación profunda de que no podia darse cuenta. En cuanto tenia un momento libre iba á pasearse por el jardín solo si era de noche y si era de dia con el comandante, que pasaba la mayor parte de su tiempo en la Casa-Florida.

— A fé mia que no sé lo que tengo, decia sencillamente á su anciano amigo, marchando con precipitación y aspirando de lleno el aire libre; creo que tengo calectura.

— No, no es eso, respondia con malicia el soldado, es un mal muy distinto.

Y como Valeriano le interrogase con miradas atónitas, él volvía la cabeza tarareando.

A la cuarta noche cesó la fiebre. La condesa en cuanto hubo cobrado el uso de su razon, manifestó su gratitud en los términos mas vivos y afectuosos. Madama Hubert la respondió con una caricia; Eugenia y Valeriano guardaron silencio agitados de emociones diferentes, pero que ni uno ni otro sabian explicarse.

A la siguiente mañana, la convaleciente se levantó, y sostenida por el comandante y madama Hubert fué á sentarse al jardín. Los dos jóvenes la siguieron, por interés Valeriano y Eugenia por cortesia. Una invencible antipatía alejaba á esta de la condesa en tanto que Valeriano sentia hácia ella una atracción irresistible.

La conversacion recayó naturalmente sobre la enfermedad de la condesa y sobre el lance que la habia producido. Entonces ella quiso que la contaran como la habian salvado, y el comandante tomó la palabra para dejar á cubierto la modestia de Valeriano.

— ¡Ah! exclamó la joven con un acento penetrado, semejante servicio no puede pagarse con acciones ni con palabras. Todo lo que puede hacerse es no olvidarle nunca.

— ¡Oh! dijo el comandante, bastante le habeis recompensado.

— ¿Y de qué modo? preguntó la condesa con asombro, pues no recordaba nada de lo sucedido.

Pero nadie respondió; Valeriano, rojo como el fuego, tenia los ojos clavados en la tierra; Eugenia ligeramente pálida miraba á Valeriano, y madama Hubert en vano hacia señales al comandante que fingia no comprenderlas y se reia en su interior con el apuro en que todos se hallaban.

Por fortuna la llegada de Griffon puso un término á la escena. El animal que conocia sus privilegios entró saltando en el círculo formado por la pequeña asamblea y se puso á jugar con todo el mundo lamando á este las manos, poniendo su cabeza sobre las rodillas del otro, y siendo bien recibidos sus agasajos. La condesa que sabia lo que le debia, no fué la última en acariciarle, y se mostró tan afable que Griffon, perdiendo toda su reserva, puso sus dos gruesas patas en sus hombros lanzando un ladrido formidable.

— ¡Abajo! exclamaron al mismo tiempo Eugenia herida con la familiaridad que su favorito demostraba á la forastera y Valeriano incomodado al verle tan molesto.

— ¿Y porqué? repuso graciosamente la condesa contentiendo al perro por las patas; Griffon es tambien mi salvador, me pide que le dé un beso y no puedo rehusárselo.

Y depositó un beso en el hocico del perro que soplo con aire de asentimiento y se retiró satisfecho.

— ¡Enhorabuena! exclamó M. Jacquín riendo, eso es justicia, así no habrá celos; el perro está recompensado como el amo.

Esta vez el apuro fué mas grande que ántes y la condesa que llegó á comprender, se quedó cortada.

— Comandante, exclamó madama Hubert levantándose con impaciencia; sois insoportable.

— ¿Pues qué mal hay en decir que una mujer bonita ha dado un beso á un muchacho guapo?

La condesa se levantó y tomando el brazo de madama Hubert volvió con ella á la sala.

— Supongo que no estais enfadada conmigo, la dijo con timidez.

— ¡Yo! ¿y porqué? ¿Acaso sois responsable de las tonterías de M. Jacquín? Habeis cedido á las inspiraciones de un buen corazon y está muy bien hecho. Eso hace por el contrario que os estime mas.

— Mil gracias, señora mia.

— Eugenia, repuso madama Hubert, da el brazo á la señora condesa.

— Gracias, ya estoy bastante fuerte para andar sola, no tengo mas que un apetito terrible, y cuando haya almorzado, ni siquiera me acordaré de que he estado enferma.

Eugenia fué á dar órdenes de que sacaran el almuerzo.

El comandante habia mirado á las dos señoras cuando se marchaban, sin decir nada, pero una vez que estuvieron lejos, exclamó:

— ¡Son muy particulares las mujeres! ¿no te parece así, Valeriano?

Este habia permanecido inmóvil en el mismo sitio, mirando con ojos distraidos los saltos del perro; pero á

la interpelacion del militar alzó la cabeza y le miró con asombro.

— ¿No me comprendes? dijo M. Jacquín, un día me comprenderás, cuando hayas visto otras mejores. ¿Quieres dar una vuelta á caballo conmigo?

— Sí, por cierto, respondió Valeriano maquinalmente.

Ambos amigos se dirigieron juntos hácia el Dominio en busca de los caballos, y dieron un paseo de un par de horas, durante las cuales no hablaron diez palabras. Valeriano parecia preocupado y el comandante respetó sus meditaciones.

Al volver al Dominio, hallaron á la condesa que con el almuerzo habia recobrado sus fuerzas y su alegría. Valeriano se sorprendió tristemente al saber que ya no viviria en la Casa-Florida. En cuatro dias se habia acostumbrado á mirarla como de la familia y le parecia que su ausencia dejaria en ella un vacío.

— Ya nos dejais, exclamó Valeriano.

— Era preciso, respondió la condesa. Ahora que estoy buena, no tenia mas derechos á la hospitalidad de la Casa-Florida, y permaneciendo en ella mas tiempo habria abusado de las bondades de vuestra excelente familia.

— Y luego, añadió el comandante, es muy justo que tenga su vez el Dominio.

— Mil gracias, contestó la condesa, por la importancia que dais á mi presencia; pero como no quiero que haya celosos, hoy mismo pienso establecerme en mi casa propia. Parece que los obreros que vinieron de Rennes han organizado en tres dias una especie de tienda, inferior sin duda á vuestra habitacion, M. Jacquín, pero habitable. El campo es el campo. Ahora el que quiera que me siga, ó mejor dicho, que me acompañe, pues todavía no estoy fuerte.

— ¡Diablo! ¡qué valor militar! Me habria gustado tener algunos soldaditos por el estilo en mi compañía, cuando yo era capitán.

— No es extraño que me resienta un poco de las virtudes militares yo, hija y mujer de oficial.

— ¿Sois casada? preguntó Valeriano.

— Sin duda; ¿no habeis oido que me llaman madama?

— Es verdad...

Y se detuvo en medio de la frase.

— Estos jóvenes son particulares, dijo riendo M. Jacquín; nunca pueden comprender que las mujeres tengan maridos. Tú habrias querido que esta señora te esperara, ¿no es cierto?

Valeriano no respondió; se hallaba turbado y cortado. La condesa acudió en su socorro, dando la señal de la marcha.

— Pero al ménos esperad que enganchen los caballos, dijo M. Jacquín.

— Es inútil, la mar está alta y llegaremos ántes en un barco.

— ¡En barco! ¿Os atreveis?...

— ¿Porqué no? Sé que no me he de ahogar... con vosotros, señores, dijo concluyendo su frase de otro modo que como habia pensado.

El comandante comprendió esta maniobra engañosa.

— ¡Cuidado! ¡cuidado! respondió; en caso de naufragio yo no valgo tanto como Griffon, á ménos sin embargo, que la esperanza de la misma recompensa no me diese las mismas fuerzas.

Y hablando así, llegaron hácia la bahía. Valeriano á quien las últimas palabras de la condesa habian devuelto todo su buen humor, hizo volar el barquichuelo á la otra orilla. Al llegar hizo inclinar el barco á la tierra lo mas posible, pero desgraciadamente la mar habia bajado ya un poco, y la embarcacion permaneció separada de la tierra firme por algunos piés de fango. El comandante saltó con presteza por encima; pero madama de Ferray que la seguia no tuvo atrevimiento para imitarle, y despues de haber mirado en vano por todos lados, acabó por decir que la era imposible atravesar sin ayuda. El comandante ofreció su mano, pero la vieja marquesa no se contentó con esto.

— Si no temiera ser indiscreta, dijo con su sonrisa mas salamera, os suplicaria, comandante, que me tomarais en brazos.

La proposicion no era seductora; pero M. Jacquín viendo que no se podia retroceder, hubo que conformarse con su suerte.

— Con el mayor placer, señora mia, exclamó con acento meliflúo.

Y pasando de la palabra al hecho, puso cuidadosamente el pié derecho en la superficie del fango apoyándose en la pierna izquierda que no habia sacado de la tierra firme. Esta actitud heroica tenia por objeto el hundirse lo ménos posible, pero produjo el resultado contrario. Madama de Ferray cargó con todo su peso sobre los brazos que la tendia M. Jacquín; este tuvo que reunir todas sus fuerzas para no dejarla caer, y se inclinó un momento adelante. ¡Momento funesto! Todo el peso de ambas personas se halló concentrado sobre un solo punto de apoyo, y la pierna derecha del comandante se hundió en el fango. Como la base sucumbió de este modo, el edificio acabó por ceder, lo que quiere decir que el digno alcalde y la noble viajera cayeron juntos en aquel terreno húmedo y fangoso donde desaparecieron á medias.

Entonces se oyó un cuarteto muy curioso: el comandante juraba que era un gusto, la dama lanzaba gritos agudos, y Agata y Valeriano fieles á ese mal instinto de la juventud que se divierte con todos esos

lances deplorables de los viejos, reian á carcajadas. Aun no habian acabado de reir cuando las víctimas se habian levantado y habian podido llegar á la tierra firme.

M. Jacquín puso un término á esa loca alegría diciendo á Valeriano:

— Cuando hayas concluido de reir me darás mi barco para que pueda ir á limpiarme, pues no te figuras sin duda que voy á permanecer así todo el dia con el traje de un Rio de la antigüedad. Estoy impregnado de marea hasta los tuétanos; el diablo me lleve sino tengo algun pez en los bolsillos.

Durante este monólogo elocuente, los dos jóvenes habian saltado á tierra con presteza. El comandante se fué á la barca y se dispuso á alejarse.

— Adios, señor comandante, le gritó con malicia la condesa, y mil gracias por vuestra laudable conducta. No es culpa vuestra que haya salido mal la cosa, y no por eso mi tia os debe ménos gratitud, ¿no es cierto?

— Muy cierto, dijo con su eterna sonrisa madama de Ferray, que no se parecia ménos á una Náyade que M. Jacquín á un Rio, debo muchas gracias al señor comandante.

— Para serviros, señora, exclamó M. Jacquín saludando.

Y principió á remar murmurando contra todo en general y en particular contra la marquesa.

Esta por su parte no murmuraba ménos mientras iba subiendo detrás de los dos jóvenes el escarpado sendero que conduce al castillo. Estos preocupados con la hermosura del paisaje, exclamaban:

— ¡Qué hermoso sol!

— ¡Qué aire tan puro!

— ¡Qué azules están el mar y el cielo! Se confunden en el horizonte, diríase que se aman.

— Mirad esas plantas silvestres: palpitan de alegría á las caricias de la luz, y parece que se oye hervir la savia en su seno.

Y se adelantaban y se detenian alternativamente, cogiendo una flor, persiguiendo una mariposa, aspirando la brisa, contemplando el espacio.

La marquesa subia con trabajo detrás de ellos á larga distancia.

— ¡Dios mio! decia soplando; ¡qué calor hace! ¡Y estas moscas que zumban! ¡Qué fastidioso es el campo! ¡Porqué he venido aquí!

¡Triste y eterno contraste! todo lo que regocija á la juventud es incómodo para los viejos.

Llegaron al castillo. Los obreros estaban en él todavía acabando de organizar el ala derecha, la mas próxima del mar. Para llegar á ella habia que pasar bajo una bóveda ruinoso que en otro tiempo habia servido de puerta al castillo, y habia que atravesar un vasto patio lleno de yerba crecida y de flores silvestres. En esa mezcla de arquitectura señorial y de naturaleza solitaria habia una grandeza melancólica que contrastaba vivamente con la gracia moderna de los aposentos que acababan de improvisar. El color negro de las paredes exteriores prestaba un nuevo brillo á la frescura de los adornos, y el aspecto desmantelado de la fortaleza realzaba la elegancia de los muebles. La moda habia sembrado allí como por encanto todas las flores de la fantasia moderna.

Valeriano acostumbrado á la sencillez de la vida campestre, se quedó como deslumbrado y embriagado con aquel lujo, y felicitó á la condesa por el buen gusto de su nueva morada. Le parecia que era ella quien habia inventado y creado aquellas maravillas, y tomando el efecto por la causa, creyó que era el ídolo que embellecia el templo.

Este lujo producía tanto mas efecto sobre cuanto que en la condesa no producía ninguno. Las cosas que él admiraba, eran á veces objeto de crítica para ella; se quejaba de las alfombras, de la forma de las sillerías, del color de las colgaduras.

— ¿Y el piano? exclamó de repente.

— Está en el gabinete de la señora condesa, respondió el tapicero.

— Muy bien; ¿querrás que vayamos á probarle, Valeriano?

Y sin esperar su respuesta entró en el gabinete. Valeriano la siguió y la halló ya sentada y tocando.

— Los sonidos no me parecen malos; ¿sois aficionado también?

— Un poco.

— Pues hacedme el favor de ver como está mientras yo paso á dar otra vuelta á la sala.

Y se marchó llevándose uno de los jarrones de flores con que habian adornado el gabinete.

Valeriano se sentó maquinalmente en el sitio que ella acababa de dejar, y para obedecerla recorrió al acaso el teclado, pues su alma estaba en otra parte. ¿Dónde? él mismo lo ignoraba. Se sentia trastornado no solo al ver sino al pensar en aquella mujer extranjera, de aire tan noble y tan sencilla, que hacia todas las cosas con tanta audacia, con tanto ardor y con tanto abandono. Al subir la cuesta habia descubierto en todas sus palabras, en todos sus ademanes una admiración entusiasta de la naturaleza. Al pasar bajo la bóveda y por el patio del castillo, habia palidecido tendiendo en su derredor miradas melancólicas, y apenas habia puesto el pié en su nuevo aposento cuando ya se habia abandonado á su humor alegre.

¿Tenia delante de los ojos una mujer ó un silfo? En cuanto á un ángel ó un demonio, ni siquiera se acordaba. Los habitantes del cielo jamás se habian presentado á él bajo esa apariencia turbulenta, y no habia vivido lo bastante para creer que una naturaleza diabó-

lica pudiera existir en un cuerpo tan bello. Perdido en la turbacion de sus pensamientos, habia cesado hacia tiempo de recorrer las teclas, y con la cabeza vuelta hácia la puerta por donde habia desaparecido la condesa esperaba á que llegara nuevamente.

(Se continuará.)

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Las economías de Jano. — Pronto le llamaremos el señor Silvestre. — Los grandes señores y las duquesas del día. — El hombre seductor del siglo XIX. — Dos palabras sobre el carnaval. — De los trajes á la moda. — Un disfraz del tiempo de Luis XV. — Un pajequito renacimiento y un mignon Luis XIII. — Sobre las libreas de las casas grandes. — Descripción del figurín de este número.

Por lo visto el buen Jano se vuelve de año en año mas económico y raquítico. Ignoro si es así en todos los países del mundo, pero en nuestro hermoso reino de Francia el gran Jano se porta tan mal, que si continúa obrando de este modo habrá que llamarle simplemente el *señor Silvestre*. El primero de enero será un día como otro cualquiera. En otro tiempo el buen Jano se conducía noblemente, y un mes ántes se preparaba ya para el caso; pero hoy espera, digámoslo así, á que le hayan hecho un regalo para hacer él otro, y todavía escatima ese regalo lo mas que puede. Por eso los regalos de mucho efecto están á la órden del día: ante todo es preciso salvar las apariencias. Hombres y cosas se doran por el método Ruolz: el espíritu del siglo es producir efecto, y de aquí ese falso lujo, ese falso orgullo, esa falsedad en todas las cosas. Cada cual quiere ser en nuestra sociedad engañosa un gran señor ó una gran señora, sin saber lo que era en otro tiempo una persona noble. Cualquiera se cree un gran señor porque posee los favores de la fortuna, porque tiene un palacio, lacayos y suntuosos salones, porque habla alto, porque se da importancia, y porque salpica con las ruedas de su carruaje á los que van á pié. Así como una mujer se imagina ser duquesa porque lleva un vestido que cruge como una peonza, porque lleva un cachemira de las Indias, porque lleva aderezos de diamantes y todas las fantasías de la moda.

Pero mis lectores de Ultramar dirán que principió yo el año con un humor poco alegre; pero ¿qué he de decir? No hay nada nuevo; la moda espera la primavera, y ántes que encerrarme en un completo silencio, juzgo oportuno pasar revista á las ridiculeces del año que ha finalizado. No me prometo á fé mia dar con esto experiencia al año actual; seria cosa difícil.

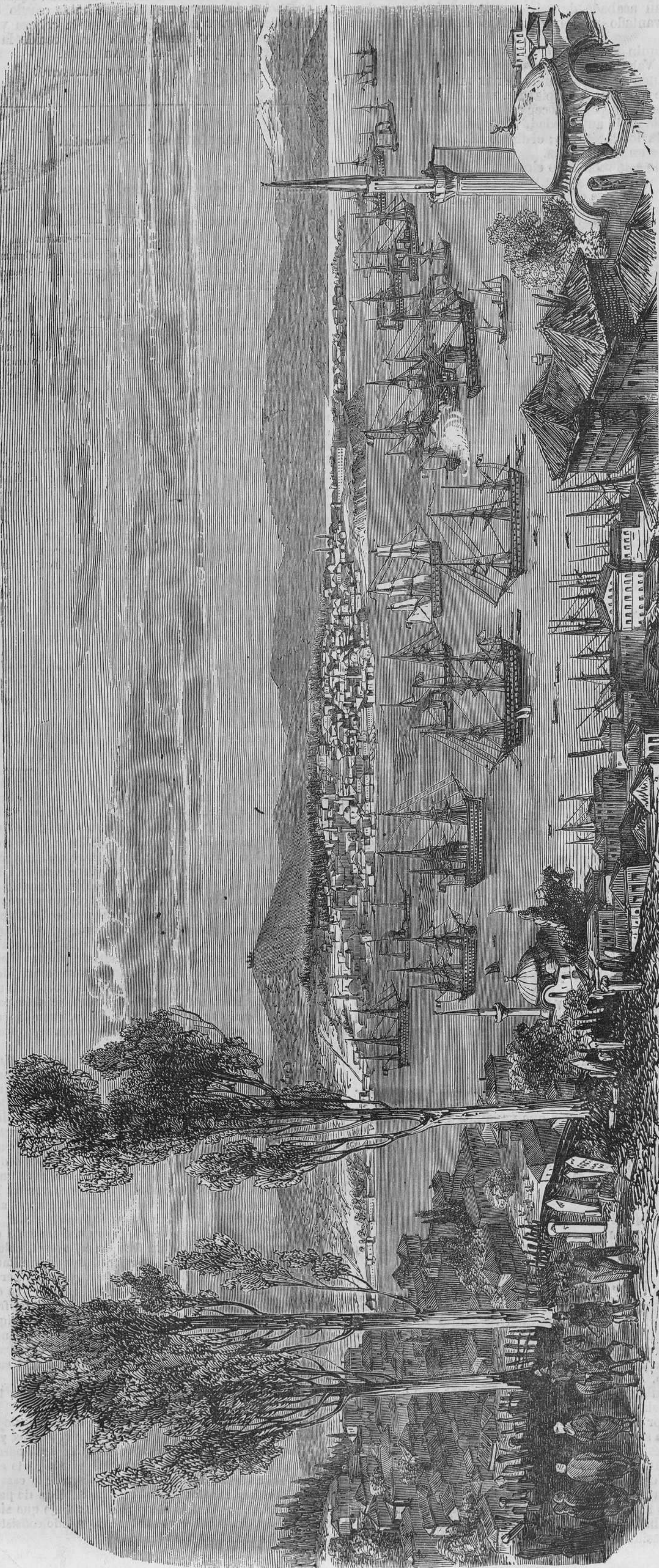
En el número de las glorias y de los triunfos de la elegancia hay que contar al *hombre seductor*. Un hombre seductor es un sér aparte, no tiene mas que una mision sobre la tierra, agrandar y ser amado. Por eso su cabellera sedosa y perfumada va dividida por una raya delicada y fina en medio de la cabeza, al modo de los querubines. A veces el hombre seductor, ó que se juzga tal, tiene cuarenta años, se tiñe las cejas y las pestañas, toma lecciones de baile con Cellarius, se perfuma la cara con polvos de arroz y se hace arrancar las canas... esto es, cuando no lleva peluca. El hombre seductor sigue escrupulosamente las extravagancias de la moda: anda á la pista de los chalecos bordados, de los sobretodos mas excéntricos, de los pantalones nuevos, de las corbatas cuyos lazos se ponen de mil modos distintos, de la forma de los sombreros, del modo de llevar el baston, etc., etc. Sabe como se debe lanzar una mirada, como se anda, como se habla, como se ama; el hombre seductor no ama con su corazón, sino con su vanidad y con la moda.

Pido mil perdones al hombre seductor por esta pintura mia tan poco seductora, pero no hago otra cosa que ponerle un espejo ante los ojos para que se mire y se reconozca. Es un cuadro de costumbres que he bosquejado divirtiéndome; tanto peor por el que se dé por ofendido.

Hablemos un poco del carnaval; como es tan corto, la gente se apresura á divertirse. — Los trajes en boga son aquellos que sientan mejor con el aire y fisonomía de los que los llevan. Hay personas que han nacido para un disfraz grotesco. Excepto algunos jóvenes que van al baile de la Opera con disfraces estrambóticos, los hombres serios no se presentan de máscara sino en los salones del gran mundo. Asisten á los bailes de la Opera con un traje ordinario, que se compone de un frac de paño azul, color de castaña ó negro. Los chalecos son bordados generalmente. El pantalon de fantasia de satin de lana color de perla se halla también muy á la moda. Pero los hombres que quieren darse cierta representacion van siempre con el frac y pantalon negro, corbata y chaleco blanco, unos de piqué y otros de seda. Algunos jóvenes se atreven con el pantalon de satin de lana blanco, pero esta tentativa de elegancia no hace fortuna; la lana blanca, por fina que sea, carece de brillo.

Voy á citar un traje del tiempo de Luis XV y dos trajecitos de niño.

El primero se compone de una casaca de terciopelo azul adornada con galones plateados, con faldones anchos y largos: bajo esta casaca aparece un chaleco de seda bordado y con adornos de oro y de perlas. El calzon corto es de raso color claro, ó blanco, segun el color de la casaca y del chaleco. Los zapatos llevan grandes hebillas de pedrerías. El tahalí y la faja completan este traje que sienta muy bien á todo hombre elegante. El tocado consiste en un sombrero de fieltro con plumas.



La flota francesa pasando el Bósforo entre Escutari y Constantinopla.

Uno de los disfraces de niños es un trajecito de paje del Renacimiento, con justillo acuchillado, calzon de punto ajustado y gorrita de plumas. El otro figura un *mignon* Luis XIII, y consiste en un caraco de terciopelo, poco largo, y que cae derecho en torno de la cintura. Camisa abierta; calzon de paño de seda adornado con cintas y sombrero redondo de fieltro ceniciento con plumas.

No hay nada nuevo tampoco en cuanto á las libreas de las casas grandes. Las principales formas son siempre esos grandes sobretodos de Watter proof avellana, de paño azul claro ó verde Napoleon. Estos sobretodos deben ser anchos de faldones, holgados, y sin embargo, deben señalar los contornos del talle. El Watter proof es un tejido muy grueso.

Los *grooms* siguen llevando las levitas cortas y cortadas derechas sobre el delantero. Los fracs á la francesa para lacayos continúan á la moda. Cada librea se distingue por colores diferentes. Unas veces por los galones que son de seda bordados con las armas de la casa, y otras son de oro ó de plata.

Hé ahí las únicas novedades elegantes que principian el año 1856.

Nuestro figurin que representa diversos trajes de vestir completará nuestra revista. El primer personaje lleva una dulleta de chinchilla color verde ruso forrada enteramente de seda y acolchada; el chal y las bocamangas llevan forro de acolchado de seda formando cuadritos en relieve. Sobre el pecho se ven tres alamares á cada lado para cerrar el vestido mas ó ménos alto.

Bajo la dulleta se lleva la prenda mas propia de la circunstancia; pues se la considera generalmente como el sobretodo de batalla para ir á paseo en carruaje cuando hace mucho frio, ó ya para la salida de los Italianos ó de la Opera. En cuanto al pantalon, de tejido rayado, tiene un corte natural y se lleva con trabillas ó sin ellas.

El jovencito de ocho á nueve años que viene despues lleva un bonito *paletó mosquetero* de terciopelo de lana color de avellana: su corte es muy sencillo; cae derecho por detrás y se sostiene con tres pequeños alamares de seda. Todo el paletó lleva al borde un galon de seda de 15 milímetros de ancho.

Debajo los niños de esa edad llevan una chaquetilla marina de paño ó una chaquetilla argelina de terciopelo; la primera ajustada al cuerpo, la segunda ancha: en ambos casos la acompaña un chaleco abotonado derecho, sin cuello.

Pantalon mezclilla, plegado por arriba y muy justo sobre el pié, sin trabillas.

Despues se ve un hombre de unos veinticinco años vestido de teatro. Lleva un frac color de castaña oscuro, pespunteado al borde, con las solapas guarnecidas de muaré de seda. El corte de este frac es igual al de todos los de grandes soirés: como estos últimos no se abotona sobre el delantero para que se vean la camisa y el chaleco. El talle va justo, y los faldones son bastante largos y con forro de seda.

Chaleco derecho de piqué blanco bordado, de cuello derecho, muy abierto por arriba para que vaya descubierto el pecho; en cuanto á su largo por abajo, el chaleco debe cubrirse siempre por los delanteros del frac.

Pantalon negro de satin de lana, semi-ajustado y estrecho sobre el zapato.

Por último vemos un traje de fantasía que se lleva ordinariamente bajo un ancho sobretodo; es una especie de chaquetilla á la inglesa de tela de novedad mezclilla. El cuerpo ajusta por detrás como un frac ordinario, aunque las dimensiones del talle son algo mayores; unas carteritas cuadradas cubren las caderas, y los faldones tienen un largo que no llega á diez cent. del jarrete. No sucede lo mismo con la parte del delantero que se hace de dos modos distintos, esto es, con una ó dos hileras de botones; ambos géneros están admitidos. Las mangas se siguen haciendo anchas para todas las prendas de los hombres; unas llevan una abertura con uno ó dos ojales, otras permanecen redondas con bocamangas ó sin ellas; esto se deja al gusto de cada uno. Chaleco de felpilla de seda, de chal cruzado; pantalon de punto rayado derecho, redondo sobre la bota y con trabillas ó sin ellas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La flota francesa pasando el Bósforo.

M. Jacquot, médico mayor del hospital de Pera en Constantinopla, escribe con fecha 29 del último noviembre:

«Tengo el gusto de enviar á Vds. un dibujo del paso del Bósforo por la flota francesa de regreso de la Crimea en el dia 12 de noviembre. El paisaje dibujado con detenimiento desde mi balcon, y concienzudo y de una exactitud perfecta en todos sus pormenores. No creo que jamás se hayan sacado vistas desde ese punto que hasta hoy solo ha sido accesible á los turcos. He tenido que dibujar muy de prisa el paso de los buques, pero sin embargo, pienso que he podido darles un aspecto exacto. — El vapor del embajador procedente de Terapia, residencia de verano de nuestro representante en Pera, se puso á la cabeza de la flota que, ayudada por la corriente del Bósforo, desfiló majestuosamente entre Pera y Escutari. Cada navio saludó con 21 cañonazos al Sultan, en su palacio de Gheragan. Cuando el navio almirante francés pasó por delante del navio almirante inglés, que estaba anclado, fué saludado espontáneamente con siete hurras por este que tenia escalonados sus hombres en los palos. Los franceses respondieron inmediatamente con las mismas aclamaciones.»